

PÁJAROS
EN LA
CABEZA

Óscar Sanjuán Giménez

1. LA FAMILIA TAJADA

-¿Ya te he contado alguna vez cuando desembarcamos en Normandía con los canadienses?

Nada más entrar por la puerta, el abuelo comenzaba a contarle a mi hermano pequeño Ezequiel una de sus increíbles batallitas.

-Llovía a jarros. En la playa estaban esperando los alemanes. Los alemanes tienen fama de organizados, eso yo no te lo puedo asegurar, pero una cosa sí te he de decir, cuando se ponen en plan hijo de puta, a hijos de puta no los gana nadie. Pues nada, allí me encontraba yo con mi fusil al hombro, dispuesto a cargarme el mayor número de esos jodidos alemanes. Tú ya sabes cómo es tu abuelo, bravo y valiente y el que diga lo contrario es puto mentiroso y un puto envidioso. Pues mismamente yo, al poner los pies sobre la playa y ver el espectáculo dantesco que me rodeaba, no pude evitar que una arcada de bilis remontara desde estomago y saliera expulsada al exterior. ¿Te extraña ese momento de flaqueza de tu abuelo? Pues no te extrañará en cuanto te describa lo que viví. No sólo era el sonido de los disparos y las bombas a mi alrededor, ni el ver caer a mis compañeros como moscas, no. Lo más impactante era ver el estado de los cadáveres en la playa, bueno, lo de cadáveres es un decir. Los que habían sido compañeros y amigos se habían reducido a un montón de tripas y de intestinos. Para que te hagas una idea, Ezequiel, era como la matacía del cerdo que hacíamos en el pueblo todos los otoños, pero en esta ocasión los cerdos eran personas con las que habíamos compartido la cena la víspera.

En los ojos de mi hermano se podía reconocer el miedo. Era el mismo miedo que habíamos pasado mi hermana mayor y yo, años atrás, cuando éramos nosotros los ensimismados oyentes de las historias del abuelo Jerónimo. Y no sólo era miedo el sentimiento que el abuelo era capaz de despertar en las pobres almas inocentes. Ese día estaba sacando a flote en mi hermano los mayores sentimientos de repugnancia imaginables, y francamente, lo estaba bordando.

Mi abuelo Jerónimo nunca fue a la guerra. Había sido toda su vida agricultor y nunca salió de su pueblo. Nació en un pueblo del Prepirineo aragonés, y sólo lo dejó para venirse a vivir a Jaca, ciudad a los pies de la cordillera pirenaica, residencia actual de nuestra familia, los Tajada. Pasó toda la guerra civil ignorando su existencia, no sé si por despiste o por falta de interés. Al pueblo nunca llegó la electricidad, pero sí las radios de pilas, con lo que todos los vecinos estaban al corriente de las noticias del exterior. Todos salvo mi abuelo, ya que había decidido que su vida era el campo y nada más que su media hectárea de huerta iba tener cabida en su cabeza. A pesar de dedicarse en exclusiva a las labores agrícolas, siempre fue un pésimo agricultor y tirando a vago, según palabras de mi madre. El excelente narrador de historias bélicas que ha devenido el abuelo se forjó mucho más tarde. Si hubiera usado como fuente para sus historias su experiencia vital en el pueblo, sus relatos para entretener a los nietos se hubiera limitado a explicar cómo picar una acequia sin que nunca quede recta o cómo echar a perder una cosecha teniendo por una vez en la vida la climatología a tu favor. Por suerte o por desgracia, a su llegada a Jaca conoció lo que era la electricidad, y varios años más tarde conoció la que sería su fuente de inspiración, su musa

particular: la televisión. A pesar de que al principio le daba bastante miedo el hecho de tener personas que hablan en una caja que había en el cuarto de estar y cuya explicación sólo la encontraba en la brujería, con el tiempo se empezó a aficionar. Se aficionó y mucho. Y tras años seguidos de ver la televisión, consiguió desarrollar una capacidad extraordinaria en él. Consiguió extraer las vidas de las personas que veía en la pantalla y meterlas en su propia piel. Absorbía las miserias de todas esas personas que un día habían pasado por delante de una cámara, dejándolas en meros maniqués sin vida propia, para convertirse en el dueño absoluto de todas las historias del mundo mediático. Y es que el abuelo no era mentiroso y cuando nos contaba que había sido secuestrado por una banda de terroristas o que había empujado al francotirador que iba a matar al papa de Roma, estaba convencido de lo que contaba. Su mayor fuente de información siempre fue "Informe Semanal", aunque no le hacía ascos a cualquier documental o a cualquier teleserie. Todo servía como recurso de inspiración. De hecho parece que la película "Salvad al soldado Ryan", que echaron la noche anterior por la primera, le había dado bastante juego para atormentar un rato al pequeño Ezequiel.

-¿Otra vez le estas asustando al crío con tus batallitas? -de la cocina salía mi madre a grito pelado- ¡Pero no te das cuenta de que luego no duerme y de que nos da el coñazo toda la noche!

-Pero Tomasa, hija mía, si sólo le estoy contando a mi nieto parte de mi vida para que el día que me muera mis vivencias no queden en el olvido. ¿O es que tú nunca has oído hablar de la transmisión oral?

-Transmisión oral, transmisión oral. Yo la única transmisión que conozco es la transmisión de disgustos de un padre a su hija y de un hijo a su madre, que hasta que

no me matéis de un infarto no vais a parar...

-Pero Tomasa

-Ni Tomasa, ni puñetas. ¡Que me tienes frita con tus películas! ¡FRITA!

Desde la muerte de mi padre, a mi madre se le había endurecido el carácter. Según el abuelo, el espíritu de mi padre residía ahora en el cuerpo de mi madre, para que así, dos en uno resultase más fácil podernos sacar adelante. Era una especie de santísima trinidad pero en vez del padre, hijo y espíritu santo se encontraba madre y padre- “y quien sabe, hijo mío, puede que el alma del canario, que en paz descansa, también tenga cabida en el cuerpo de tu madre y así completen el trío divino”- aseguraba el abuelo. Era evidente que el día que el abuelo forjó esa teoría en la tele echaban misa y alguno de esos programas de fenómenos paranormales. Yo no estaba completamente de acuerdo con la idea del abuelo pero si algo me hacía dudar y por momentos resultarme coherente, era el hecho de que el volumen de voz de mi madre había aumentado considerablemente. Desde que mi padre nos dejó, ella era incapaz de hablar en un tono de voz normal, todo lo contaba gritando, olvidó lo que era un susurro. Probablemente el alma de mi padre estuviera lejos de las entrañas de mi madre pero una cosa estaba clara, el volumen de voz de mi madre sólo podía ser producto de la unión de las voces de ella y de mi padre, con la discreta colaboración del canario cuando se trataba de notas agudas.

-Deja el crío en paz y vamos a comer, que la comida ya esta hecha -gritó mi madre.

De la puerta de la cocina salía el aroma de las delicias culinarias que nos había preparado mi madre. Otra de las razones por la que a veces encontraba factible la teoría de la peculiar "santísima trinidad" residiendo en el cuerpo de mi madre, era que mi madre cocinaba como Dios. Cuando digo que cocinaba como Dios, no sólo quiere decir que cocinaba muy bien, sino que al igual que Jesucristo, que con cuatro panes, cuatro peces y un poco de ayuda de su gracia divina era capaz de preparar banquetes para un ciento, mi madre con pocos ingrediente era capaz de cocinar suculentos platos dignos de un restaurante de 5 estrellas.

-¿No esperamos a Brígida? -preguntó el abuelo, como si no supiera de sobras que nunca la esperábamos.

-¿Para qué vamos a esperar? Parece mentira que no conozcas a la desustanciada de tu nieta. Después de cerrar la tienda se habrá ido a tomar vermú con sus amigos y a saber a la hora que volverá.

-Por momentos me parece increíble que el alma de Manolo resida en tu cuerpo, él nunca hubiera empezado a comer sin Brígida.

Manolo era mi padre y sí que es verdad que él tenía cierta predilección por Brígida. Con esto no quiero decir que mi madre no quisiera a mi hermana, nada más lejos de la realidad. Simplemente había decidido dejar de esperar a Brígida para comer, harta de empezar a comer todos los días a la cuatro de la tarde, creando una nueva modalidad de la merienda-cena: la comida-merienda.

Mi padre, a pesar de llamarse Manolo, había nacido en Francia. Era hijo de emigrante jacetano y de oriunda bearnesa. Toda su infancia la pasó en un pueblecillo del Pirineo francés, a pocos kilómetros de la frontera, en donde comenzó a hacer sus pinitos como pastor. Ya de adolescente empezó a venir a Jaca todos los veranos a casa de unos tíos. Uno de esos veranos conoció l'amour de su vida, o sea se mi madre. Eran las fiestas de Santa Orosia y en el baile de la plaza se encontró con ella. Decidió dejar a un lado su timidez, ayudado por el litro de vino que llevaba en el cuerpo y la sacó a bailar. Fue así como surgió el amor, bajo las notas del pasodoble "no te vayas de Navarra". Una vez finalizadas las fiestas, a mi padre le supuso un trauma tener que volver a Francia y abandonar a mi madre para reencontrarse otra vez con sus ovejas, a pesar del mucho afecto que le tenían las ovejas a mi padre. Estuvieron festejando varios años. Mi padre iba y venía siempre que podía. Tantas idas y venidas dieron motivo para hablar a la gente, y ya se sabe cómo es la gente, que cualquier cosa que les cuentan la tienen que ir enseguida a contar a algún otro, exagerando un poco para que gane en interés. Con mi padre, no les dio por lo típico, un embarazo o algo así, ya que la procedencia de mi padre podía dar mucho más juego. Así, con el tiempo, se empezó a oír por los mentideros jacetanos que mi padre era un peligroso contrabandista o incluso que se trataba de un espía. Para poner fin a todas esas habladurías, decidieron casarse e irse a vivir a Francia. Allí vivieron durante años dedicándose a las labores del pastoreo. Fue allí donde nació mi hermana, porque como decía mi padre "por muchas alegrías que te den un rebaño de ovejas, nunca se puede comparar con el amor de una hija". Decidieron llamarla Brigitte, como homenaje al país de acogida según mi madre y como homenaje a las tetas de Brigitte Bardot según mi padre. Allí vivían tranquilos pero mi madre no acababa de encontrarse del todo

a gusto y a veces la morriña se le apoderaba. Aprovechando que Franco por fin la había palmado, tuvieron la sabia decisión de dejar la France para asentarse definitivamente en Jaca. Cargaron con las pocas posesiones de que disponían, incluido el rebaño de ovejas y mi hermana Brigitte, y comenzaron su éxodo hacia tierras jacetanas.

Una vez en Jaca, descubrieron que no era el sitio más idóneo para dedicarse al pastoreo. Los lazos de amistad que unían a mis padres y a las ovejas se habían mejorado considerablemente, tras el largo viaje compartido entre ellos. A pesar de ello, mi padre debió armarse de coraje y mandó sacrificar a todas las ovejas. Con el dinero recaudado con la matanza, el cual siempre fue considerado por mis padres dinero sucio, abrieron una pequeña tienda de comestibles en el centro de Jaca: Comestibles “COMESTIBLES”.

A pesar de las muchas posibilidades de ocio que proporcionaba la vida social jacetana, fue durante estos años cuando mis padres se centraron exclusivamente en la dura, pero gratificante labor de concebirme. Bueno, aparte de concebirme, también tuvieron tiempo para ocuparse de la tienda y de mi hermana.

-Hola, ya estoy en casa -entró mi hermana por la puerta.

-Ay qué alegría me estas dando, hija mía, por una vez en la vida vamos a comer todos juntos a la hora.

-Pues resulta que en el bar no quedaban croquetas de merluza, que son las que

me gustan a mí, así que me he dicho, un vermú sin croquetas no es vermú ni es nada y me he venido a comer con mi familia, que tanto quiero.

-Ya la has cagado, Brígida, con lo bien que hubieras quedado diciendo lo de la familia que tanto quieres y omitiendo lo de las croquetas. Así has demostrado que en tu escala de valores están antes unas croquetas que tu familia -comentó mi madre en ese tono de mártir que sólo ella era capaz de dar.

Así era mi madre, aprovechaba cualquier simple comentario para hacerse la víctima. Para eso no necesitaba la ayuda del espíritu de mi padre ni del canario. Era capaz ella sola de encontrar el lado más hiriente en la frase más inocente.

-Hala, tú siempre tan exagerada -comentó Brígida, a lo que respondió mi madre con una de sus frases favoritas, la cual repetía varias veces al día.

-No, si hasta que no me matéis de un disgusto no vais a parar...

A mi hermana el nombre de Brigitte le duró muy poco. Una vez en Jaca, a la hora de hacer los diversos papeleos, mis padres se encontraron con el típico funcionario del estado. Ya se sabe cómo son los funcionarios, pues a éste en particular no le entraba en la cabeza que alguien se pudiera llamar Brigitte- “Pero qué cojones es eso de Brigitte como nombre de persona, eso no es nombre ni es nada”-. A pesar de lo muy insistente que podía llegar a ser mi madre, ese día su poder de convicción no pudo con la resistencia del tozudo funcionario. Así que ese día mi hermana dejó de llamarse Brigitte para pasar a llamarse Brígida, para desgracia de ella y cachondeo del resto.

-Pues ahora que estamos todos reunidos, voy a aprovechar para contaros mis nuevos planes de futuro -ese era yo.

-Pues casi que reflexionas un poco antes de abrir la boca, porque no sé por qué me huelo que me vas a dar un disgusto con tus propuestas para el futuro- saltó mi madre haciendo alarde de reflejos.

Mi madre siempre había intentado disuadirme de dedicarme a lo que más me gustaba. Tras acabar mis estudios de secundaria en el instituto de Jaca, decidí dejar de estudiar para dedicarme plenamente al salterio.

El salterio, o chicotén, es un instrumento ancestral del que, durante años, sólo se ha conservado su recuerdo en el Pirineo aragonés. Consiste en una caja de resonancia rectangular, con un agujero en medio y varias cuerdas, las cuales hay que golpear con un palo para conseguir melodías. El salterio sirve de acompañamiento a una flauta de tres agujeros, el chiflo. Estos dos instrumentos han sido durante siglos el único acompañamiento al palotiau de Jaca y Yebra de Basa, dance de palo que acompaña a las procesiones en honor a Santa Orosia. Desde hace unos pocos años estos instrumentos han comenzado a resurgir, y hoy en día podemos comprobar cómo varios grupos de música folk han integrado dicho instrumento en sus bandas. Cientos de personas habían empezado a interesarse por ellos y yo era una de esas personas que habían decidido ser partícipe del resurgir del salterio, hasta tal punto de querer consagrar mi vida en ello, para gran disgusto de mi madre. Ella siempre intentó

persuadirme para que buscara otra forma de ganarme la vida- “¿Pero tú te crees que tocando el salterio vas a poder vivir? Mira, aunque pueda parecer que mi cultura musical no vaya más allá que las cuatro canciones más conocidas del Dúo Dinámico, una cosa sí que sé, que sólo se ve el instrumento ese una vez al año, para la procesión de santa Orosia y malamente has de vivir si sólo trabajas un día al año. Y ni aun eso, porque la gente que sale en procesión lo suele hacer por devoción, no por dinero, que si pagasen mil duros por salir en las procesiones, saldrían devotos hasta debajo de las piedras, y las procesiones serían más largas que el copón.” -Por no soportar sermones disuasorios de este estilo decidí matricularme en una ingeniería y así tener contenta a mi madre.

Durante dos años viví en Zaragoza. Al principio asistía diariamente a las clases impartidas en la facultad de ingeniería e intentaba prestar atención. Conforme pasaban los meses, más cuenta me daba de que lo mío no era la carrera ingeniera y menos aparecía por la facultad. Dedicaba mi tiempo a salir, a emborracharme y a encontrar alguna actividad complementaria al salterio para conseguir convencer a mi madre antes de dejar definitivamente la carrera. Al final encontré mi segunda vocación y ese día me disponía a compartirla con mi familia. Estaba seguro de que mi madre no iba a oponerse, ya que tenía razones de peso.

-Querida familia...

-¡Ay, Dios! ¿No puedes esperar al postre? Vas a hacer que se nos atragante la comida.

-Mamá, por favor, vas a ver como todo lo que te voy a decir va a ser de tu

agrado.

-Venga pues, suéltalo, que contra antes lo sueltas, antes se me pasará el disgusto.

-Vuelvo a empezar, querida familia, al final he visto la luz y he descubierto la actividad que llenará los espacios vacíos dejados por el salterio. Es una actividad en la que tiene cabida la tradición y la tecnología. Voy a apuntarme a un cursillo de informática y voy a hacer una página web sobre el pueblo de abuelo: je, je mi madre no se podía esperar esta encerrona, le había tocado la vena sensible ya que a fin de cuentas el pueblo de mi abuelo también había sido el suyo.

-¿Pero te has vuelto loco?- reaccionó mi madre de manera un poco distinta a la esperada- Pero, ¿tú te crees que eso es una ocupación? Pero si no debes de saber lo que es un ordenador... Está claro, Chonatan, que hasta que no me mates de un disgusto, no vas a parar.

Pues sí, yo me llamo Chonatan. Mi madre a la hora de bautizarme eligió un nombre original y moderno, con toques anglosajones y decidió llamarme Jonathan. Con el tiempo descubrimos que ese nombre tan fuera de lo común empezó a ser bastante común y que la gente lo consideraba hortera. Pero gracias a que yo tengo soluciones a todo, aproveché el hecho de que soy aragonés cien por cien, para hacer una pequeña modificación a mi nombre a fin de que sonase a jota. Tampoco tuve que matarme mucho la cabeza ya que para conseguir un nombre en aragonés basta con cambiar las J por CH y las V por B dando origen a Chabieres, Chorches y Chaimes. Así que fue bastante evidente mi nuevo nombre, al menos para mí. No fue el mismo caso para el empleado del registro, el cual no estaba convencido de que fuese posible

llamarme de semejante manera. Pero a mí esa gente no me torea como hicieron con mi hermana Brígida, y además, como acaba de decir, yo soy aragonés, y como buen aragonés a tozudo no me gana ni Dios, así que al funcionario no le quedó más remedio que ceder ante mi enorme poder de convicción. Así que a partir de ese día tengo el privilegio de ser el primer Chonatan del mundo mundial.

Mi madre siempre quiso ser original a la hora de bautizarnos, porque quieras o no, llamarse Tomasa marca mucho. Parece que con los dos hermanos mayores el tiro le salió por la culata, así que al pequeño decidió llamarlo Ezequiel, ya que como ella decía-“los nombres bíblicos nunca pasan de moda y no dan problemas”- a lo que yo digo- “ya veremos con el tiempo...”

2. WWW.PATERNROY.COM

Tras varias semanas apuntado al cursillo de informática, empecé a ser consciente de que el proceso de aprendizaje iba a ser mucho más largo de lo pensado. A punto estuve de tirar la toalla, pero no podía darle esa satisfacción a mi madre. Preveía que la creación de la página web iba a resultar laboriosa, así que, para ir ganando tiempo, decidí comenzar a recuperar datos. Para ello organicé una excursión a Paternoy con dos de los últimos habitantes del pueblo, los cuales podrían serme de gran ayuda explicándome sus vivencias in situ. La verdad es que no tenía del todo claro que pudiesen serme muy útiles ya que estos habitantes no eran otros que mi madre y mi abuelo Jerónimo. De todas maneras, siempre tuve un poco de esperanza de que entre los sermones de mi madre y los desvaríos del abuelo tuviesen cabida también algunas frasecillas coherentes con anécdotas del pueblo.

A la excusión hubo de sumarse mi hermano Ezequiel y la furgoneta de comestibles “COMESTIBLES”, a la que considerábamos un miembro más de la familia e incluso habíamos osado bautizarla con el simpático nombre de Kita, como homenaje a la magnífica serie de televisión “el coche fantástico”. Mi hermano Ezequiel no iba a serme de gran ayuda, pero había que sacarlo un poco de casa para que se airease un poco y para ver si se le quitaba un poco de la cabeza su obsesión harrypottiana. Y es que el crío se estaba poniendo de lo más pesadico con el Harry Potter de los cojones y no solo se limitaba a releer mil veces los cinco libros publicados o a batir records con el juego de la gameboy (que quieras o no esas actividades no molestan) sino que encima no dejaba de dar por culo con que teníamos que probar sus pociones mágicas o que

teníamos que jugar un partido al quidditch subidos en escobas. Puede que explicando las manías de mi hermano roce la vulgaridad con las expresiones utilizadas, pero es que se me calienta la sangre en cuanto me acuerdo del cúmulo de idioteces que he tenido que hacer para seguirle la corriente al mierda crío.

Kita se comportó como una jabata, y el hecho de tener que hacer los últimos cuatro kilómetros a pie nada tuvo que ver con la potencia de nuestro magnífico vehículo, sino con el estado de la pista de acceso, el cual definiría como lamentable o penoso, que viene a ser lo mismo. Tras media hora de marcha, comenzábamos a vislumbrar el montón de piedras en que se había convertido lo que hace varias décadas había sido un pueblo lleno de vida.

A estas alturas del relato acabo de percatarme de que puede que no todo el mundo conozca la existencia de Paternoy, por lo que me veo obligado a explicar a ese grupo de ignorantes que se trata de un pueblo que fue abandonado hace varias décadas.

El aspecto de Paternoy era como el de cualquier pueblo abandonado, desolador y triste. Casas espaldadas, la maleza adueñándose de las calles y un silencio ensordecedor. Si alguno quiere una descripción más lograda del pueblo, le invito a consultar un libro muy bonito y muy instructivo que se llama “La lluvia amarilla”, el cual no me atrevo a plagiar para no tener problemas. En este libro se habla de otro pueblo abandonado que no es Paternoy, pero bueno, a fin de cuentas, visto un pueblo abandonado, vistos todos.

En cuanto empezamos a ver las primeras piedras de Paternoy, los recuerdos del abuelo empezaron a despertar de su largo letargo. Yo, instintivamente, raudo y veloz, cual perro de Pavlov, apreté al play de mi grabadora en cuanto oí al abuelo soltar sus primeras frases.

-Mira, Chonatan, esa era de allí era de la familia y el trigo nos llegaba a la altura del hombro. Tomasa, ves ese pajar de allá, pues allí te concebimos tu madre y yo una fría noche de enero para las fiestas en honor a San Sebastián.

-Papá, ese comentario te lo podrías haber guardado para ti, que vamos con el crío pequeño...

-¿Ein?- preguntó Ezequiel percatándose de que se había perdido algo interesante mientras estaba en Babia.

-Nada que ver con Harry Potter, o sea, nada que te interese. Venga papá, sigue contándonos.

-En la pared de esa casa, cerraban los ventanos y jugábamos al frontón. Como podéis imaginaros, vuestro abuelo era un hacha y no había vecino del pueblo que lograra batirme.

-Estoy que lo flipo, si me dejáis utilizar esta juvenil expresión, pero es que hace tiempo que no veía a mi padre tan coherente como hoy.-comentó mi madre.

-Coherente si, pero un poco fantasma también...-puntalicé yo.

-Ni fantasma ni leches, que los de nuestra casa hemos sido siempre muy buenos para todo y la envidia del resto del pueblo. ¿Verdad que sí, papá?

-Di que sí Tomasa, que melones tan grandes como los de nuestro huerto nunca

se han visto en todo Paternoy y alrededores.

-Qué contenta estoy de haber venido al pueblo. Noto el bien que le está haciendo al abuelo la excursión. Parece que los recuerdos le ayudan y hacen que su castigada memoria entre en sensatez.

-Y abuelo, ¿cómo comenzó el declive del pueblo? -pregunté en un alarde periodístico del copón.

-Pues la culpa de todo la tienen estos jodidos moros, el Bin Laden y sus amigotes que no se les ocurrió otra cosa que estrellar dos aviones en las torres de la iglesia, que había dos. A tomar por culo torres, a tomar por culo todos los curas que trabajaban en ellas y a tomar por culo medio pueblo. ¡Vaya banda de cabrones!

-¡Ya la hemos cagado! -exclamó mi madre, a lo que yo añadí

-Pues sí.

Sumidos en la desesperación, tras comprobar que el abuelo seguía como de costumbre como una puta cabra, vimos como se acercaba a recibirnos el único habitante del pueblo: el jipi.

El jipi no era el último habitante del pueblo que había resistido hasta el final. Cuando decidió instalarse en Paternoy, en el pueblo ya no vivía nadie y comenzaba a ser la cochambre actual. Al jipi lo llamábamos así, porque nunca nos molestamos en conocer su nombre de pila. Tenía el pelo largo, y su relación con el jabón era nula; para gran beneficio del pH neutro de su piel y para gran desgracia de las narices de los que teníamos que olerlo. Estas dos características nos eran suficientes para definirlo como un jipi. En cuanto a lo del amor libre, él sabrá, yo lo único que sé es que su comuna se

limita a él y a sus cuatro cabras...

-Hola, buenos días, ¿qué hacen por aquí?

-Nada, que hemos venido a dar una vuelta por el pueblo para ver cómo nos lo tienes de cuidado. La verdad es que muy bien muy bien no lo tienes, para qué nos vamos a engañar- Dijo mi madre.

-Hombre, se hace lo que se puede...

-Pues no sé yo si puedes tú mucho, chico. No es por criticar, pero me parece a mí que lo tuyo no es el trabajar, porque el estado del pueblo cada día es peor.

-Y las cabras, ¿que tal están?-Preguntó el abuelo.

-Bien bien, con buena salud.

-Pero, ¿les has cortado ya las pezuñas? Porque me acuerdo que la última vez que vine daban pena las pobres -Dijo el abuelo.

-Estoy en ello, estoy en ello.

-No sé si me fíe mucho de ti. Pobres bichos, en qué malas manos han caído, me parece a mí...

-Bueno, vuestra conversación me es muy grata pero no me puedo entretener mucho que tengo mucha faena en el huerto, así que os dejo- Cortó el jipi tras los "inocentes" comentarios de mis ancestros y se marchó refunfuñando por lo bajinis.

En cuanto el jipi se alejó varios metros, no los suficientes como para no ser oída, mi madre soltó:

-Desde luego, qué carácter más malo tiene este jipi. No me extraña que viva

solo.

-Pero no os dais cuenta de lo desagradables que habéis sido -comentó la voz sensata de la familia, o sea, yo.

-Mentiras habremos dicho. No me querrás decir que te parece que estemos en Versalles.

-Y que sepas que las cabras son seres humanos.

-Seres vivos, abuelo.

-Bueno, seres vivos, y hay que tenerlos cuidados.

-Si es que los jóvenes de hoy creéis que lo sabéis todo y todo lo veis muy fácil -voilà el desvarío típico de mi madre.

-Venga sí, mamá, tienes razón... -Sabiendo que nunca nos pondríamos de acuerdo, zanjé desesperadamente la conversación antes de que mi madre pudiera zanjarla con lo de matarla a disgustos y tal y tal.

Para evitar nuevas discusiones y nuevos conflictos generacionales, decidimos dispersarnos y así mantener la armonía familiar. El abuelo Jerónimo se fue a ver los restos de lo que había sido su casa. Mi madre fue a buscar laureles, tomillos y algún otro condimento, que sabía donde quedaban matas. Ezequiel la acompañó, ya que podría encontrar algo interesante para sus pociones, porque no habíamos hecho nada durante la jornada por espabilarlo. Y yo, cansado ya de recopilar datos, y es que yo me canso muy pronto, todo hay que decirlo, decidí practicar un rato con el salterio, que era lo único que había metido en la mochila.

Qué paz espiritual. Yo tirado por el suelo en medio de lo que había sido la plaza del pueblo, escuchando el trino de los pajarillos y acompañando su melodía con el clon clon clon de mi salterio. Para las personas que no conozcan el salterio, sí, para vosotros los ignorantes, el salterio suena así: clon clon clon. Pues eso, que ese momento de paz duró muy poco ya que a los pocos minutos, cuando estaba a punto de alcanzar el nirvana, un súper grito “3 en 1” de los de mi madre tuvo que joder el clímax

-iiiiiiiiii¡Pero quieres bajar de allí que te vas a matar!!!!!!!!!!

Enseguida vi a mi madre que venía tirando de la oreja, no a Ezequiel como había pensado en un primer momento, sino que al abuelo Jerónimo.

-Ahora te quedas aquí quieto parado, sin moverte, mientras hago de comer. ¡Que eres peor que los críos!-a lo que aclaró- Que los críos en general porque iba a decir peor que tus nietos, pero eso es insuperable.

-Pero, ¿qué hemos hecho ahora nosotros?

-No lo sé, pero por si acaso.

-Vale pues.

Para cambiar de tema, mi madre sacó del bolsillo unas hojas de una planta que a mí me sonaba de verla en logotipos de camisetas.

-He mangado estas hierbas aromáticas del huerto del jipi para añadirlas a la salsa de la carne. Se las hubiera pedido, pero cualquier le dice nada con el carácter tan

huraño que tiene.

-Pues a mí que esas hierbas me suenan a algo...

-Pues chico, para mí que es albahaca, que se han hecho muy grandes las hojas. Que tú no sabes la de sales minerales que llevan las aguas de este barranco. Sales minerales de las buenas.

-Menudos melones se criaban en la huerta...

-Tampoco hay que ponerse pesado, papá, que te repites más que el ajo.

Por más que insistiera mi madre, a mí esas plantas con siete hojas no me parecían albahaca. Pero, bueno, confié en ella, ya que algo debía de saber de cocina dadas las sorpresas culinarias a las que nos tenía acostumbrados diariamente.

-Hale Chonatan, vete a por leña para hacer la fogata para la comida.

-Pero, mamá, yo creo que hacer fuego en el monte está prohibido.

-Mira, yo estoy en mi pueblo y en mi pueblo hago lo que me sale, tápate los oídos, Ezequiel- y en cuanto mi hermano tuvo cada dedo índice de su mano tapando el agujero de su respectiva oreja, mi madre concluyó la frase-... de la pepita el coño.

-Además, quién va a vernos... No se les ha perdido nada a los forestales en este pueblo.

-Claro que sí papá. Así que Chonatan, o vas escopetiao a buscar leña o utilizamos ese trasto para hacer el fuego -refiriéndose al salterio.

Evidentemente, no me quedó más alternativa que ir a por la puta leña.

Tras la fatigosa tarea de ir a por la leña, no me quedaban fuerzas ni para aporrear mi salterio, recién salvado de la muerte en el crematorio. Sólo era capaz de dedicarme a la labor contemplativa de ver cómo mi familia cometía un acto delictivo y ponía en riesgo el medio ambiente, haciendo fuego en medio del campo. Conforme avanzaba mi madre con su guiso de carne, el aroma penetraba más y más en nuestras fosas nasales. El olor era casi tan delicioso como de costumbre, pero esta vez resultaba un poco más fuerte de lo habitual, recordándome un poco a los bares oscuros de melenudos.

No sé qué fabuloso ingrediente podía llevar el succulento manjar preparado por mi madre, pero el hecho es que con solo el aroma que desprendía, conseguía crear un buen rollito entre la familia, una armonía familiar nunca vivida por nosotros, los Tajada. Sin duda algo había de mágico en esa comida campestre, digno del tan idolatrado Harry Potter. Viendo el buen humor que se había creado entre nosotros, a nadie le pasaría por la cabeza que hacía unas horas habíamos estado discutiendo a grito pelado.

-Pues nada, habrá que empezar a comer, ji, ji, ji. Ay dios, qué risa más tonta me está entrando.

-Pues sí, que las tripas me están haciendo un ruido, que parece una melodía de salterio.

Así que nos dispusimos a deleitarnos con la majestuosa carne a la bergère al estilo paternoïen. Qué delicia, qué mixtura de aromas, qué explosión de sabores en

nuestros paladares y sobre todo qué risa, tía Felisa...

-Estoy como si acabase de escuchar una cassette entera de chistes de Marianico el corto, qué descojono ¡Madre del verbo! -comentó mi madre.

-Calla, calla, que me meo...ji, ji, ji -sólo fui capaz de responder al comentario de mi madre con semejante idiotez.

-Ji, ji, ji, ji -El abuelo fue aún menos explícito.

Y continuamos comiendo. Qué rico todo, y qué risa, qué alegría, qué descojono y sobre todo qué desvarío...

-Harry Potter de mi vida, eres niño como yo, dame de tus poderes poderosos porque siento como fuerzas malignas se acercan para apoderarse del pueblo de mi abuelo -paranoia de Ezequiel, te rogamos, óyenos.

-Yo también noto el acercamiento de las fuerzas malignas y apostaría mis cojones que se trata otra vez de los hijos de puta de Al-Qaeda. Pero esta vez no saben que cuento con mi freesbee radioactivo -gritó el abuelo alzando su boina.

-Ay dios, ay dios. Dejaos de tonterías, que lo que a mí me pasa sí que es grave. Se me meten las bragas por el culo, pero vamos, para que os hagáis una idea, mi culo tiene un poder de absorción enorme y aspira hacia adentro con una potencia de miles de kilowatios. Es como si tuviera metido un poltergeist en el culo -gritó como nunca mi madre, agarrándose las bragas con las dos manos.

-Qué putada, y qué mareo, ji ji ji -acerté a decir.

Qué comilona, qué felicidad, qué desvarío, qué atontamiento, qué vueltas de cabeza, qué mareo, y sobre todo qué modorra...

-¡Conseguí atrapar las bragas! He ganado la batalla a mi culo -dijo mi madre alzando alegremente sus bragas, como si de un trofeo se tratara- Me voy a remangar las faldas un poco no le vaya a dar a mi culo por absorberlas también.

-Ji, ji, ji, qué tontera y qué sueño -fueron las últimas palabras del abuelo antes de caer dormido, rozando no sé si el nirvana o el coma.

-Vaya siestorra más buena me voy a echar ahora que me he liberado de estas bragas, je, je.

-Ja, ja -Ezequiel y su derroche de verborrea antes de caer frito.

-Je, je, je -opté yo por la e en mis últimas risas antes del reencuentro con Morfeo.

Qué alegría de vivir, qué buen rollito, qué tontera tan divertida, qué paranoias, qué risas, qué siestorra.

Je, je, je

Ji, ji, ji

Jo, jo, jo

3. SOBRE TODO NO DEIS DE QUE HABLAR

“Sobre todo no des de que hablar”. Cuántas veces habría escuchado esta frase mi hermana Brígida en boca de mi madre, antes de salir de casa. Mi madre nunca pudo imaginar que iba a ser ella la que iba a estar en boca de todo el mundo, que iba a ser ella la que iba a dar de que hablar. Cuánto iba a arrepentirse en el futuro de haber repetido sistemáticamente la misma frase.

Aquel día fatídico que nos fuimos de excursión a Paternoy no acabó tan alegremente como podía presagiarse minutos antes de dejarnos vencer por el sopor y quedarnos profundamente dormidos. No solo era alegría y bienestar lo que nos había invadido a la familia, sino que también grandes dosis de dejadez se apoderaron de nuestros cuerpos y nuestras mentes. Tal era esa dejadez que ningún miembro de la familia se percató antes de caer KO, de que la hoguera no había sido apagada. Dada la sequedad del monte y lo chapucero que había sido el abuelo a la hora de hacer la fogata, poco tardó el fuego en propagarse. El viento sopló hacia el buen lado, es decir, hacia el lado contrario de donde estábamos, haciendo que el fuego se extendiese rápidamente pero sin llevársenos por delante. Sin duda, y como de costumbre, la santísima trinidad residente en el cuerpo de mi madre tuvo algo ver con el hecho milagroso de salir indemnes del incendio y de salvarnos de morir calcinados. Tal había sido el sueño que nos había dado la comida, que ni el fuerte calor, ni el humo irrespirable provocado por el incendio, logró hacernos despertar. Solo al cabo de tres cuartos de hora, el ruido de un helicóptero de ICONA, consiguió que comenzásemos a abrir los ojos. La primera en despertar fue mi madre, aturdida por el estruendo

provocado por las aspas del helicóptero y con un gran malestar.

-¡Socorro, socorro! ¡Un ambulancia, un ambulancia!- acertó a gritar mi madre con las faldas remangadas y haciendo girar sus bragas en señal de auxilio; actitud esta más propia de una salvaje despedida de soltera que de una petición de ayuda desesperada.

Tan mala fue nuestra suerte aquel día que quiso el destino que dentro del helicóptero se encontrase un reportero del Tele Aragón filmando el incendio. Cosa ilógica donde las haya, un reportero del Telearagón en un helicóptero, pero daba la casualidad que este tío se había tomado muy en serio su profesión, y era capaz de moverse como una culebreta con tal de estar al pie de la noticia. Ensimismado, con su cámara al hombro y manejando su zoom para tener un primer plano de las bragas girando cual atracción de feria, el reportero no podía dar crédito a todo lo que estaba grabando. Era de imaginar que el día siguiente la imagen de mi madre medio en pelotas, gritando como una posesa bragas en alto iba a ser primera plana en las noticias del Telearagón ; y por consiguiente, poco íbamos a tardar en ser el hazmerreír de todo Jaca, qué digo de todo Jaca, de todo Aragón.

Al cabo de pocos minutos el primer hidroavión sobrevolaba el foco del incendio y hacía espabilar el genio de mi abuelo Jerónimo.

-¡¡¡Otra vez nos atacan los moros!!! ¡¡¡Hijos de puta!!!-gritó Jerónimo, a lo que sumo ya de una manera más calmada y alzando el brazo de manera amenazante- Bin Laden de los cojones, te estás cebando con este pueblo. No sabes con quien te la

estás jugando. Esta la pagarás.

He aquí otra imagen exclusiva a la par que patética para el telediario del día siguiente.

-¡Vaya material! Con esto me dan el Pulicher -comentaba el reportero frotándose las manos, solo mentalmente, ya que como buen profesional que era no podía soltar la cámara.

Al ridículo hecho por mi madre y por mi abuelo, había que sumarle la imagen de mi hermano y yo deambulando medio atontados, con aspecto de semidrogados. Mi turno de gritar como un poseído llegó en el momento de descubrir el montón de cenizas en que se había convertido mi salterio. Todos los miembros de la familia y todos nuestros enseres habían salido indemnes del incendio; todo salvo el salterio. Si bien en un principio había pensado que la mano de la santísima trinidad instalada en cuerpo de mi madre estaba detrás de esta milagrosa salvación, ahora no me quedaba ningún tipo de duda, sobre todo por el hecho de que lo único quemado fuese mi salterio. Era de imaginar que la mala leche de mi madre y las ganas que tenía de deshacerse de mi instrumento, habrían influido plenamente entre los otros componentes del trío.

El reportero se centró plenamente en mi familia a la hora de filmar y no se percató en ningún momento de que no lejos de nosotros, se encontraba el jipi esforzándose por mitigar las llamas del incendio. Pobre jipi, encima de que se le estaba quemando el pueblo donde había vivido los últimos años, no iba a tener su minuto de

gloria en la tele luchando de manera heroica frente al fuego.

Poco rato después de nuestro impactante despertar, encontrándonos todavía medio aturdidos, comenzaron a llegar refuerzos a las pocas unidades de bomberos llegadas hasta el momento. Con los bomberos llegaron, los que no podían faltar, los mayores tocagüevos conocidos, como gustaba definirlos mi hermana Brígida: la guardia civil. Poco tardaron en arrestarnos como si de delincuentes se tratara, según mi madre, arresto preventivo, según los picoletos, para llevarnos junto con el jipi a Jaca para prestar declaración.

En la toma de declaración no debimos pasar por personas muy cuerdas: una mujer adulta con actitudes exhibicionistas, persona de la tercera edad que sufre de alucinaciones y de delirios varios, joven con aspecto retraído hasta que experimenta duras crisis nerviosas. Solo a Ezequiel, dada su corta edad, lo diagnosticaron como persona normal, ya que consideraban muy interesante en los niños el hecho de tener mucha imaginación.

-Y dice usted que una extraña fuerza procedente de su culo, le absorbía las bragas...

-Eso es, señor guardia civil.

-Y tras luchar durante varios minutos, ganó la batalla a su culo y logró arrebatarme las bragas.

-Exactamente.

-Y tal fue el esfuerzo que cayó dormida en el isofacto...

-Eso, eso.

-Me parece muy bien toda esa historia, pero comprenderá que no me sirve como respuesta a la pregunta que le he formulado: ¿¿Quién fue la persona que encendió la hoguera??

-Eso no se lo puedo decir. Comprenda usted que tengo una memoria selectiva y ante un hecho extraordinario como un culo absorbe-bragas y un hecho común como prender una fogata, si algo he de retener en mi cabeza, va a ser lo de mi culo...

-Bueno, de momento vamos a parar el interrogatorio, pero habrá que prever un examen psicológico- dijo el guardia civil que nos había prestado declaración.

-¿Un examen psicológico? ¿Pero qué pretende decir? ¿Que yo estoy loca? Lo que me tienen que examinar es mi culo, que es donde tengo el problema, y no la cabeza que la tengo perfectamente- Contestó mi madre, todavía bajo los efectos del extraño ingrediente de la comida.

Si el interrogatorio duró tan poco fue gracias a que el jipi, que también estaba siendo interrogado al mismo tiempo, cargó con la culpa. Y es que el jipi podía ser un poco guarro, pero si por algo era remarcable, es porque era un tío enrollado. Le quemamos el pueblo y encima se declara culpable. Jipi, desde aquí aprovecho para darte públicamente las gracias y si no te he mencionado en la hoja de agradecimientos del libro, es porque tenía otros compromisos, pero que sepas que este último párrafo te lo dedico todo entero. Gracias jipi.

En la madrugada del día siguiente, los bomberos conseguían sofocar las últimas

llamas del incendio. Por suerte, no hubo que lamentar ninguna víctima humana. Por desgracia, lo que sí que hubo que lamentar fueron varias hectáreas de bosque quemadas y sobre todo un salterio carbonizado.

Esa mañana nos levantábamos todos apesadumbrados, con mal de cabeza y sentimiento de culpa. No nos atrevíamos a soltar una palabra sobre lo ocurrido la víspera. Por más que insistía Brígida, demandando toda suerte de detalles sobre lo acontecido en Paternoy, no logró sacarnos nada, no por bordería, sino por falta de ganas de rememorar los hechos del día anterior. Pero lo que no sabíamos todavía era que lo peor de todo estaba por llegar.

Solo Brígida fue a trabajar a la tienda de comestibles. El resto nos quedamos en casa sin intercambiar ni una palabra, ni una mirada. En la casa se respira un ambiente de vergüenza general. En que pocas horas se puede pasar del buen rollito al mal rollito. Los minutos se nos hacían eternos, las manivelas del reloj tardaban siglos en completar sus 360 grados, ansiábamos escuchar el sonido de las llaves de Brígida introduciéndose en la ranura de la puerta. Inconscientemente todos pensábamos que sólo ella conseguiría cortar el hielo y poner un poco de alegría al mal ambiente reinante.

Por una vez en la vida, mi hermana llegó pronto. Como muñecos autómatas nos colocamos en torno a la mesa.

-Bueno, os vais a decidir de una puta vez a contarme lo que pasó ayer -cortó el hielo Brígida, no tan alegremente como esperábamos.- Aunque no os lo podáis creer, cuando me enteré de que el pueblo se había quemado, me preocupé muchísimo por

vosotros y cuando llamaron los picoletos para decirme que estabais arrestados, casi me cago.

-Se quemó el pueblo pero nosotros estamos sanos y salvos- intenté aclararle de forma escueta- Sólo mi salterio a pasado a mejor vida.

-Y no nos arrestaron, simplemente nos tomaron declaración. Por lo visto el jipi dijo que la culpa fue suya, así que por una vez en la vida vamos a darle un voto de confianza y vamos a hacerle caso. Vamos a poner la tele para ver la noticias del tele Aragón -concluyó mi madre, esperando que el ruido de la tele matara el silencio y no nos forzara a mantener una conversación.

Viendo los titulares, nos percatamos de que la noticia principal que iba a ser tratada no era otra que el incendio propagado en Paternoy.

-Vamos a cambiar de cadena, que no sé por qué pero hoy me apetece más ver Corasón Corasón- dijo mi madre.

-Joder, déjalo que a mí me apetece verlo, a ver si así me entero de algo, ya que vosotros no sois muy explícitos a la hora de contar lo que pasó -respondió Brígida.

Cuál fue nuestra sorpresa cuando vimos que en una de las primeras imágenes aparecía mi madre haciendo girar sus bragas, con la cara desencajada y gritando como una loca. Todos al unísono, como acto reflejo, escupimos el bocado de comida que teníamos en la boca. Todavía no repuestos del shock, y con restos de comida sobre nuestras camisas del miembro de la familia sentado en frente, descubrimos que con esa escena no se acababan nuestras comprometedoras imágenes. Seguidamente

aparecíamos el resto de la familia, cada uno gritando su respectiva tontería: que si musulmanes terroristas, que si instrumentos musicales carbonizados, que harrypotters por aquí, que si harrypotters por allá. La voz en off comentaba que todavía no se sabía la causa del origen del incendio, pero que las actitudes sospechosas de ciertas personas que se encontraban en el pueblo daban origen a múltiples hipótesis. La desgracia se cebaba de nuevo con nuestra familia. Todos esperábamos que se tratase de una pesadilla y que íbamos a despertarnos empapados en sudor pero repuestos del susto. Pero nunca despertamos porque tristemente, todo lo que nos estaba pasando era verídico.

-¡Cagüén dios! Como se parece a ti esa tía loca que sale por la tele, hija mía -comentó el abuelo.

-¡Es que soy yo! Pero qué vergüenza, qué desgracia más grande -sollozó mi madre.

-Ahora entiendo por qué no erais muy explícitos con los detalles... En mi vida me hubiese podido imaginar que iba a ser testigo de una situación parecida. -Y tras estas palabras, Brígida no pudo aguantar la risa- Perdonad que me descojone, pero es que no lo puedo evitar.

-Pero no te rías. Piénsalo fríamente, hija mía, cualquier conocido que nos haya visto en ese estado lamentable...

-Venga, no os preocupéis, que me parece a mí que el tele Aragón este no lo ve nadie -concluyó mi hermana con un amago de consuelo.

Qué equivocada estuvo Brígida en su afirmación, no solo el tele Aragón fue

extrañamente líder de audiencia ese día, sino que además las imágenes fueron pasadas en las noticias nacionales. La cosa no se quedó sólo en eso, esa semana mi madre y sus bragas, el abuelo y sus delirios y Ezequiel y yo aparecíamos en todos los programas de zapping de todas las cadenas. Estas mismas imágenes corrieron por internet como la pólvora. Con lo laborioso que me había supuesto en un principio que Paternoy apareciese en la red, y lo rápido que se dio a conocer; eso sí, en las imágenes que circulaban, lo menos importante era el pueblo de fondo. No solo todo Jaca iba a estar al corriente de nuestra jornada especial en Paternoy. Todo el país había visto las imágenes por uno u otro medio, incluso aquellos intelectuales que presumen de no ver nunca la televisión, no podían resistirse y con tal de poder comentar las imágenes con sus personas cercanas, confesaban que en un momento de flaqueza habían encendido el maldito electrodoméstico y se habían topado con la familia de locos.

Mi madre, presagiando lo que se nos iba a caer encima, se secó las lágrimas y de forma pausada y serena nos dijo:

-Hijos míos, haceos a la idea de que si no somos ya el hazmerreír del pueblo, poco tardaremos en serlo. Imagino que en estos mismos momentos, las personas que nos conocen y que nos han visto por la tele están informando a los que no nos han visto y la buena nueva para ellos, y mala nueva para nosotros, está corriendo como si de pólvora se tratase. Así que, Chonatan, tú te iras a Francia con tus abuelos una temporada, hasta que se pase todo el follón. Alguna ocupación te buscarán. Hazte a la idea de que tus planes de futuro se han ido al traste siendo que tanto el salterio como el pueblo de tu página web están quemados. Ezequiel también se marchará contigo, al

menos hasta que comience el curso, y luego ya pensamos lo que hacemos. Y tú, Brígida, quédate aquí, ya que siendo que eres la única que no ha salido por la tele haciendo el ridículo, al menos podrás ponerte detrás del mostrador de la tienda sin que se te caiga la cara de vergüenza. -y para concluir, con los ojos que se salían de sus órbitas y con un tono de voz seco y profundo, como si el espíritu de Bernarda Alba se hubiese apoderado de su cuerpo, dijo- Y yo asumiré todas mis responsabilidades, saldré a la calle con la cabeza bien alta, haciendo caso omiso a los murmullos que oiga a mi alrededor.

4. EL EMIGRANTE

Una triste mañana de finales de agosto, Kita se alejaba tranquilamente de Jaca, rumbo a tierras francesas, con los hermanos Tajada dentro. La pena invadía mi cuerpo. Nunca podía imaginar que abandonar Jaca me iba a resultar tan duro y me sentía como un esqueje de geranio recién arrancado, y no sabía si me iba a ser tan fácil como a los geranios echar raíces en un nuevo tiesto. Si al principio no me pareció bien la decisión tomada por mi madre con respecto al hecho de tener que huir a Francia, pronto llegué a la conclusión de que no se trataba de una mala idea. En efecto, los últimos días había sido el centro de burlas y puteos. Ellos, los creadores de los simpáticos chascarrillos, los consideraban como pequeñas bromas sin malicia y con el único objetivo de echar unas risas. Lo que pasa es que una de sus bromas sin malicia detrás de otra acaban por hincharte los cojones.

-¿Vas a echarnos de menos, Brígida?

-Cómo quieres que os eche de menos si cada vez que me dirige la palabra alguien es para hacer un comentario sobre vosotros. No os preocupéis que ya hará la gente lo necesario para que no os olvide.

-Cualquiera diría que nos odias...

-Odiar, lo que se dice odiar, no os odio; pero no puedes imaginar lo que me jode pasar a los ojos de los demás como la más responsable de la familia.

Brígida había sido la encargada de conducirnos en nuestro éxodo hacia el pueblo de los abuelos. El paisaje era increíble. A pesar de que debido al caluroso

verano que habíamos pasado, no quedaba casi ni un resquicio de nieve en las montañas y el monte había perdido parte de su verdor, el valle del Aragón seguía manteniendo su encanto habitual. El no saber cuánto tiempo iba a tardar en volver a ver esos paisajes y este valle me invadía de tristeza y desesperación. Antes de llegar a la cumbre, nos adentramos en el túnel fronterizo del Somport, túnel comparable a mi estado de ánimo. Me sentía como si estuviese en un túnel negro y profundo en el que nunca se ve el rayo de luz que indica la salida, el rayo de esperanza de salida de mi dura crisis personal. Tras siete claustrofóbicos kilómetros bajo tierra, por fin vimos la luz, luz algo tenue ya que nos encontrábamos en Francia y como es habitual allí, estaba nublado. ¿A qué huelen las nubes? A Francia. Qué extraña paradoja, pensar que el rayo de esperanza para salir de mi crisis personal, procediese de cielo francés. Dejado atrás el túnel, ya en suelo galo, la carretera se estrechaba y recta y buena dejaron de ser adjetivos que la definieran. Francia es un país que puede presumir de tener grandes ventajas, una cosa estaba clara, a curvas nos ganan por goleada. Gracias al lamentable estado de la carretera, mis tripas comenzaron a sentir la presencia de los restos del pacharán bebido la víspera. El día anterior, para despedirnos, nos habíamos juntado los amigos y para ahogar las penas le habíamos dado copiosamente a esa delicatessen rural que es el pacharán. Yo había abusado un poco más que el resto ya que, a fin de cuentas, se trataba mi última noche en Jaca. Rara fue la curva en la que no hubo que parar para vomitar. Gracias a mi necesidades gástricas, mis hermanos pudieron disfrutar del impresionante valle del Aspe, aún más bonito que el del Aragón; pero eso sí, a mi modo de ver, mucho más triste. Quieras o no, si el valle del Aspe era mucho más verde era debido a que llovía más y el sol salía menos. Con esto podemos deducir que la importancia que se le da la orientación hacia el sur a la hora de buscar

un apartamento se puede aplicar también en el caso de los Pirineos.

Al final del valle, cuando éste empezaba a abrirse dejando atrás su angostura, se encontraba Sarrance, pueblo donde mis abuelos paternos tenían su casa a pocos metros del centro urbano. Allí, en la puerta de la casa estaban los dos esperándonos ansiosamente.

-Bonjour, bonjour!!! -gritaba mi abuela Martine, haciendo pendular los pellejos que colgaban de sus huesudos brazos al unísono con lo que hace algunas décadas habían sido un buen par de tetas.

-Por fin llegáis, si que habéis tardado... ¿Habéis tenido algún problema por el camino? -preguntó el abuelo.

-Problemas gástricos, nada grave.

-Venga un abrazo a tu abuelo -y con esa frase fue inaugurada la sesión de besos, achuchones y abrazos entre abuelos y nietos.

Mi abuelo paterno, que como mi padre también se llamaba Manolo tuvo que emigrar al otro lado de la frontera por cuestiones políticas. Por lo visto, la vida de mi abuelo Manolo fue apasionante, digna de escribir un libro. Él era jacetano, como yo, y había participado en el alzamiento republicano del 30. Durante la guerra civil había luchado como un jabato en el bando de los rojos. Una vez exiliado en Francia se topó con la segunda guerra mundial y como le había cogido gusto esto de las guerras, se alió con los aliados, se lió con alguna aliada y fue batallando de aquí para allá, hasta que lograron echar a los alemanes. También me suena a mí que pasó una temporada

en un campo de concentración.

Puede que este resumiendo demasiado una vida que da tanto de sí, pero si soy tan escueto contando la vida del abuelo es porque, sinceramente, nunca le presté atención cuando me la contaba. Cuando éramos pequeños y el abuelo nos hablaba de sus peripecias a mi hermana Brígida y a mí, desconectábamos en seguida, ya que para nosotros esas historias eran completamente insignificantes en comparación a las increíbles aventuras a las que nos tenía acostumbrado el abuelo Jerónimo. Con el tiempo, conforme íbamos madurando (para Brígida, eso es un decir) comenzamos a darnos cuenta de que las historias del abuelo Jerónimo no tenían ni pies ni cabeza. También nos apercibimos que todo lo que contaba nuestro abuelo paterno era mucho más verosímil que las incoherencias de nuestro abuelo materno. Sin embargo habíamos llegado a un punto de saturación de batallitas con el abuelo Jerónimo, que se nos habían quitado las ganas de escuchar las de Manolo, por muy apasionantes y verídicas que fueran. Vamos, que tengo un abuelo que es parte de la historia contemporánea al que siempre he ignorado por culpa de otro abuelo, que es un fantasioso que consiguió hacernos aborrecer las historias contadas por un abuelo a su nieto, por muy entrañables que parezcan en teoría.

Después de años viviendo aventuras, cuando creyó que tenía suficiente experiencia vital como para contar batallitas a sus futuros nietos durante toda su jubilación sin repetirse mucho, el abuelo Manolo decidió sentar la cabeza. No tuvo ninguna duda a la hora de elegir el lugar donde echar raíces. Se instaló en Sarrance, un pueblecillo de los Pirineos franceses, en el valle del Aspe, a tan solo 30 kilómetros de la

frontera. Así, el día que la dictadura viera su fin, perdería el menor tiempo posible para volver a la tierra que lo vio nacer.

Las historias con las que a nosotros nunca nos llegó a sorprender, le sirvieron para enamorar a todas las mozas casaderas del bajo Bearn y alrededores. De entre todas las pretendientas, el abuelo decidió elegir a la que tuviese mayor contorno de pecho y ésta no fue otra que la abuela Martine.

-Vamos a começ, que ya es muy tagde -dijo en seguida la abuela, con ese acento que delataba su procedencia y que le impedía pasar por oriunda de Móstoles.

-Venga sí, que yo ya tengo hambre.

-Me parece a mí, Chonatan, que tú no sabes lo que es pasar hambre.

-Vale, abuelo, vale.

-Y, ¿hasta cuándo te quedas, Brígida?

-Yo me iré esta tarde a Jaca, que mañana tengo que currar.

-Desde luego, para una vez que vienes a tu pueblo...

-Saca el apegitivo mientgas acabo de pgepagar la comida, Manolo.

Nos dispusimos en torno de la gran mesa del cuarto de estar y nuestro abuelo sacó lo que se supone era un aperitivo, que para sorpresa nuestra no se trataba ni de unas croquetas ni de unas lonchas de jamón, sino que de una botella de Ricard, un licor anisado dulce y fuerte. Qué distintas pueden ser las costumbres de los pueblos a tan solo unos kilómetros de distancia. Sólo el olor de la copa que acababa de servirme mi abuelo me recordaba los excesos de la noche pasada y las paradas durante el viaje. De

todas formas no podía quedar mal con los abuelos nada más llegar y tenía que hacerme con las costumbre del país, así que me cogí la copa y sin pensarlo demasiado me la bebí de un solo trago.

-¡Ah! Qué aperitivo más bueno... Las tapas del bar de la esquina se quedan a la altura de la mierda comparado con esta delicia. -comenté sin que los abuelos se percataran de la ironía.

-¿Quieres otro más?

-Venga pues.

-Así me gusta, que rápidamente te vayas habituando a las costumbres francesas. De todas formas aquí el Ricard lo solemos mezclar con agua, porque si no es muy fuerte, pero si a ti te gusta a palo seco, a palo seco te lo beberás, faltaría más. En fin, no os podéis imaginar la alegría que me da el teneros con nosotros. Ya que nunca regresé a vivir a Jaca, al menos ahora tengo una buena parte de lo que me importa aquí. -dijo el abuelo con la voz entrecortada por la emoción.

-Calla, calla, abuelo, que se me están poniendo los pelos como escarpías. No veas la pena que me esta entrando de pensar que yo me tengo que ir esta tarde- comentó Brígida contagiada por la emoción- Dame una copa del aperitivo ese para que se me pase la emoción.

-Y tú, Ezequiel, ¿ya has pensado si te quedas o no a pasar el curso aquí? Nosotros ya te hemos abierto una matrícula en el colegio del pueblo por si acaso. En el colegio estaban contentísimos, porque contigo conseguían llegar a tener el número mínimo de alumnos, que si no igual no podían abrir este año. Además, mal no te ha de venir quedarte al menos un año para mejorar tu francés que seguro que se te ha

olvidado casi todo. Seguro que desde que se murió vuestro padre nadie os ha vuelto a hablar en francés -dijo el abuelo concluyendo la frase con los ojos cristalinos.

-De poco me acuerdo, de poco, sniff.

-En cuanto se murió papá dejamos de hablar francés en casa, ya que nos traía muchos recuerdos y nos daba mucha pena -tartamudeé mi frase, con la voz apoderada por la tristeza, y es que a mí también me llegó mi turno de emoción.

-Y a ti, Chonatan, te he buscado un par de cursos de l'ANPE, que es el equivalente del INEM de allá, y espero que haya acertado a la hora de elegir -a mi abuelo Manolo le costaba hablar y en sus ojos vidriosos podían verse el amago de dos lagrimones a punto de florecer- Uno es de enología, para aprender a catar vinos y conocer su proceso de fabricación. Es un pueblo que esta a pocos kilómetros de aquí que se llama Jurançon y que hacen unos vinos muy buenos para el aperitivo. Mañana abriremos una botella antes de comer para que los pruebes. El otro curso lo imparten aquí mismo, en Sarrance, y es para aprender a fabricar queso. Ese te puede venir muy bien para el futuro, así puedes aprovechar las ovejas que tenemos para sacarles la leche y si tienes buena mano y salen buenos, siempre se podrán vender en la tienda de Jaca. ¿Que te parece, Choni?

-Cojonudo, abuelo, sniff -contesté a punto de llorar, no porque los cursos no fueran de mi agrado, sino porque el cúmulo de emociones vividas los últimos días comenzaban a hacer mella.

-Voilà, le repas est prêt -gritó Martine desde la cocina.

En ningún momento pudo imaginar que esa frase en francés fuese el clic que hizo que tanto mis hermanos, como el abuelo y como yo, estalláramos en un llanto

profundo y común. Cuando se asomó por el umbral de la puerta, nos encontró a los cuatro unidos en un abrazo y llorando a moco tendido como descosidos. Enseguida, la abuela dejó a un lado la cazuela y se unió a nosotros en el abrazo, no sé si porque ella también era de fácil emoción o porque harta de tanta ñoñería, le entró un instinto asesino y quiso asfixiarnos entre sus tetas.

Buahh buahh buahhh

Sniff

Por muy duro que podía parecer en un principio, el cúmulo de recuerdos había podido con mi coraza y no pude evitar participar junto con mis hermanos y los abuelos en el récord Guinness al llorico familiar más largo de la historia. Una vez repuesto de la emoción y de la falta de aire, me sequé las lágrimas y comencé a ser consciente de que el futuro que me esperaba no iba a ser tan trágico como pensaba en un principio. A fin de cuentas, lo de fabricar quesos y darle al vino, me parecía bastante bien, me parecía guay, es más, casi diría que me parecía de puta madre. Si a todo esto le sumamos la visión que había tenido de Léa, la hija de los vecinos, minutos después de nuestro acuoso récord, cuando pasó por delante de la ventana, el porvenir se pintaba cada vez mejor. Léa había cambiado mucho, y a mejor, vaya pedazo de jaca. De pequeños me encantaba hacerle perrerías y ahora también estaba deseando hacerle perrerías, pero de otro tipo...

5. COMESTIBLES COMESTIBLES

-Allô

-Chonatan, ¡que soy tu madre!

-¿Qué pasa, mamá? ¿Qué tal estáis por allá?

-Muy bien hijo, muy bien. No te puedes imaginar lo bien que nos va con la tienda. Estamos que no damos abasto. Tantos apuros por salir en la tele haciendo el idiota y nunca pensamos en lo beneficioso que iba a resultarnos. ¡¡¡Vaya golpe publicitario!!!

-Pero, ¿qué me estas contando?

-Sí, hijo, como lo oyes, de todas partes vienen a ver de cerca a la loca de las bragas. Qué exitazo, Chonatan.

-Y Brígida, ¿qué tal está?

-Pues cansada de tanto trabajar, como todos, pero bien. Qué ciega estaba, ahora empiezo a darme cuenta de lo trabajadora y responsable que es.

-Y, ¿el abuelo?

-Al abuelo también lo traemos a la tienda. No da un palo al agua, pero lo tenemos de exposición y no te puedes imaginar lo útil que es como reclamo.

-Pues si hace falta que os eche una mano, yo vuelvo para ayudaros en la tienda.

-No, tú te quedas allá y te das prisa en aprender a fabricar queso, que nos hacen falta productos y dónde vamos a encontrar mejor proveedor de confianza que tú, hijo mío. Por cierto, ¿cómo van esos cursos?

-Bien, bien. Por las mañanas voy a Jurançon al cursillo de vinos. De momento estamos con la cata. A mí me parece que ya empiezo a diferenciar los distintos matices

de los vinos. Lo que pasa es cada vez que probamos un vino, luego hay que escupirlo, pero a mí me da mucha pena desaprovechar el vino así, y no puedo evitar tragármelo. Así que conforme pasa la mañana y las distintas catas, me cuesta más prestar atención y se me quedan menos las cosas.

-Cómo no, tú siempre en tu línea de poca sustancia. Pero en el de quesos, que es el que me interesa a mí, allí sí que te aplicarás...

-Sí, sí. Después de comer me tengo que echar una siesta para recuperarme de los vinos del cursillo y de los aperitivos del abuelo, pero luego me levanto fresco como una lechuga y me entero bastante del curso de la tarde. Ya verás como dentro de un par de meses te fabrico unos quesos que te cagas.

-A ver si es verdad. Por una vez en la vida te voy a dar un voto de confianza. A ver si no me defraudas.

-Que no, mamá, que no.

-Bueno, no nos vamos a enrollar mucho que es llamada internacional. Que sepas que te echamos mucho de menos.

-Yo sí que os echo de menos, no te lo puedes imaginar.

-Venga sí, no te lo crees ni tú, pásame a tu hermano un rato y deja de hacerme la pelota, que seguro que algo me querrás pedir.

-Hale, un beso. ¡¡¡¡¡Ezequieeeeeeeeeee!!!! Ponte al teléfono que es mamá.

Me resultaba extraño escuchar a mi madre por una vez en la vida decir que las ventas en la tienda iban bien. Durante muchos años la tienda de comestibles "comestibles" fue la única fuente de subsistencia para nuestra familia y siempre pasamos apuros para llegar a fin de mes. Aparte de una fuente de subsistencia,

también fue una fuente de inexistencia ya que la muerte de mi padre estaba íntimamente relacionada con los productos alimenticios de la tienda. En la tienda tenían cabida todo tipo de alimentos, dando siempre prioridad a los productos de la tierra y a los de fabricación artesanal. En las estanterías de la tienda se podía encontrar desde patés caseros, hasta patatas del huerto de los abuelos, pasando por quesos, jamones o el imprescindible pacharán de los Tajada. Una de las principales labores de mi padre consistía en catar todos los alimentos antes de ponerse en venta, para cerciorarse de que eran dignos del nombre que portaba el establecimiento. Un otoño fue mi padre a por robellones, ya que se trataba de un producto que tenía muy buena salida, y topose con unas setas de simpático aspecto, las cuales decidió coger para probarlas antes de ponerlas a la venta. El desenlace es bastante previsible, tras comerlas llegó a la conclusión de que nunca podrían ponerse a la venta en nuestra tienda porque eran todo menos comestibles. Pocos minutos después de llegar a la trágica conclusión, la espichó, dejándonos solos y desamparados.

-Allô

-Pero otro con el aló de las narices. No te ha dicho tu hermano que era yo, tu madre, pues entonces salúdame de una manera más normal.

-Hola mamá.

-Hola, hijo mío, le he dicho a tu hermano que le echaba de menos, pero si a alguien echo de menos es a ti, Ezequiel.

-Quiero volver a Jaca.

-Ay, ay, que noto cómo se me pone el corazón en un puño. Ezequiel, ahora

mismo tenemos mucho trabajo y no podremos estar contigo. ¿No has hecho amiguitos?

-No los entiendo cuando me hablan.

-Mira, vamos a hacer una cosa, tú aguantas quince días más y si no te has adaptado al mundo rural galo, te vienes. De todas maneras, el domingo que viene voy para allá a haceros una visita y ya hablaremos.

-Vale.

-Piensa que así le haces compañía a tu hermano y no está tan solo.

-Si tú lo dices...

-¿Comes bien?

-Sí.

-¿Te portas bien con los abuelos?

-Sí.

-¿Y los abuelos contigo?

-También, pero la abuela esta todo el día besuquiándome y le pincha el bigote.

-Bueno, eso es lo de menos. Mira, intenta ser fuerte y el domingo ya nos vemos y hablamos más tranquilos.

-Vale.

-Un beso muy gordo.

-Adiós, hasta el domingo.

Tanto a Ezequiel como a mí se nos estaba haciendo dura la adaptación a la vida en tierras francesas. A pesar de que la distancia entre Jaca y Sarrance no era muy grande, las diferencias en cuanto al modo de vida si que nos resultaban enormes. Nuevo idioma, el cual teníamos casi olvidado, nuevas costumbres, nuevas personas con las que convivir, en definitiva, un cambio radical. A mí, de todas maneras, todo me

resultaba un poco más fácil que a mi hermano ya que, entre vinos y otros alcoholes varios, me pasaba el día sedado, y no percibía la realidad al cien por cien.

La semana fue pasando y la evolución de Ezequiel en solo cinco días fue increíble. El niño retraído y con problemas para hacerse comprender que era el lunes, pasó a ser un niño abierto, que se relacionaba con todas las personas del pueblo y que se expresaba en francés como si toda su vida la hubiera pasado en Francia. Ese viernes si a algún desconocido se hubiese topado con él y le hubiesen dicho que mi hermano se llamaba Jean Pierre Dupont, no lo hubiese dudado en ningún momento. Al cambio abismal de Ezequiel, contribuyó de manera extraordinaria el profesor del colegio, que hizo todo lo que estaba en sus manos para que mi hermano se integrara plenamente ya que de él dependía que el colegio siguiese abierto ese curso. También contribuyeron el resto de niños del pueblo, que se esforzaron en ayudar en todo lo posible y le hicieron ver todos los puntos en común que tenían entre ellos. A fin de cuentas en Francia también se jugaba a fútbol y se conocía a Harry Potter, aunque aquí se pronunciara Agui Poteg. Y bueno, el hecho de que mi hermano fuese enormemente agudo y espabilado, cualidades innatas de los genes de los Tajada, hizo el resto para que Ezequiel se convirtiese en un sarrancino mas, o como se llamen los de Sarrance.

Por mi parte, mi proceso de adaptación seguía un ritmo un poco más lento. Yo hacía lo que podía. Me solía juntar con los jóvenes de mi edad que todavía vivían en el pueblo y que no habían marchado a estudiar fuera. Estos se limitaban a tres: la encantadora Léa y dos pastores. Yo intentaba hacer todo lo posible por atraer la atención de mi vecina. El problema era que a mi timidez y a mi escasa conversación

había que sumarme mi falta de dominio del francés. A mí la conversación se me acababa a los cinco minutos. Dado mi autismo, salir conmigo a cualquier parte equivalía a salir con un paraguas, la conversación dada venía a ser la misma. De todas formas yo me esforzaba por ser simpático para que Léa se fijase en mí. A fin de cuentas siempre iba a ser más interesante un tío que viene del extranjero que mis posibles rivales: dos pastores.

Léa estaba guapísima. Diría que se trataba de la reencarnación de la diosa Pyrène. Qué bien puede hacerle a una mujer ganar en curvas y perder en ortodoncias dentales y gafas de culo de vaso. Crecer en altura, no había crecido mucho, pero sí que lo había hecho en belleza y en tetas. Además tenía esos morritos que sólo poseen las francesas, forjados a base de pronunciar esas vocales que sólo existen en su idioma y que resultaban imposibles en mi boca. Aparte de guapa, era de conversación agradable, o al menos eso me parecía a mí, ya que no entendía todo lo que decía.

A los otros jóvenes del pueblo los había juzgado muy pronto como garrulos por el mero hecho de ser pastores; yo y mis prejuicios; pero resultó que se trataba de dos tíos súper interesantes. El miércoles no tuve curso de enología, cosa que agradecieron enormemente mis tripas, y para pasar la mañana subí con ellos y sus rebaños a los pastos. Cuál fue mi sorpresa cuando al llegar, Bernard, el más joven de los dos, sacó de su mochila una mesa de mezclas con sus dos pletinas y varios discos de vinilo. “Voilà, je suis DJ” díjome Bernard dejándome sin palabras. Minutos después, todavía bajo los efectos producidos por semejante revelación, caí en la cuenta de que posiblemente Bernard se estaba quedando conmigo. “Ta gueule, menteur! Ici, pas

d'électricité" respondile con mi rocambolesco y reducido francés queriendo expresar la siguiente frase: "Perdona que no te crea, pero no me resulta creíble eso que vienes de decirme ya que para poder utilizar tu mesa de mezclas necesitas una fuente de electricidad donde enchufarla; cosa archimprobable de encontrar en mitad del monte". "Tu vas voir, enfoiré" contestome Bernard y me mostró una bici sin ruedas clavada en mitad del prado, una especie de cycloestatic a la cual se le había aplicado una dinamo conectado a un estudiado amplificador. No sé que suerte de aparatos habían utilizado para su genial invento pero el hecho es que el simple pedaleo sobre la bici era capaz de generar la energía necesaria para que las pletinas girasen. Se montó en la bici Nicolas, el otro pastor, y comenzó a sprintar como un descosido, como si estuviera en juego el maillot amarillo del tour de Francia. En seguida se activó la caja de mezclas y Bernard empezó a scratchear sus discos. Ñiqui ñiquiñiqui bum bum chunchun ñiquiñiqui jisjjsjsi chun jis. Qué flipe, colega. Nunca fui un entendido en estos tipos de música, lo mío era más bien la música tradicional, los salterios y demás, pero los sonidos que estaba sacando Bernard de su aparato me parecían cojonudos. Ese tío era buenísimo detrás de unas pletinas. Y ya no sólo era la música endiablada en sí sino el auditorio natural en el que estaba siendo tocada, entre montañas que hacían un eco que te cagas. Nicolas, sin dejar de pedalear, sacó de su mochila una antorcha, un mechero y una botella que sin duda contenía keroseno. Encendió la antorcha, echó un trago de la botella, y se puso a escupir fuego, siempre al unísono de la música, expulsando la llama justo con el chun más fuerte. Qué espectáculo tan de puta madre. Luego me explicaron que a eso se le llamaba "performance" y que Nicolas también era capaz de hacer malabares con tres pelotas o con un diábolo. Con esta demostración pude comprobar que la vida pastoril también evoluciona. Estos dos equivalían a la

versión moderna de los pastores de la época de mi abuelo que se dedicaban a tallar figuritas de boj o a tocar la flauta. Yo, tras ver a Bernard y a Nicolas en acción, sólo una cosa se me vino a la cabeza: “estos tíos son la hostia”, pero para que me entendieran simplemente les dije “chapeau”.

La semana llegó a su fin y como estaba previsto nuestra madre iba a venir ese domingo a visitarnos. El abuelo decidió que fuésemos a esperarla a Canfranc, el primer pueblo después del túnel.

-Pero, ¿para qué vamos a ir a buscarla si luego vamos a ir cada uno en un coche diferente?

-Nunca se sabe lo que nos puede deparar la carretera; sobre todo ésta, llena de curvas. Así de paso podemos aprovechar y tomamos el aperitivo en un bar de Canfranc.

-¡Pero si hemos quedado a las 11 de la mañana! ¿Ya quieres empezar a esas horas con los aperitivos?

-Horario francés, Chonatan. Además, hay que aprovechar, que por el precio que me cuesta a mí un ricard en bar del pueblo, me bebo 4 al otro lado de la frontera.

Así, ese domingo fuimos el abuelo y yo mano a mano a tomar el aperitivo a Canfranc mientras esperábamos a mi madre. En el bar donde habíamos quedado, no éramos los únicos que habíamos ido expresamente desde Francia para tomar el vermú,

varios viejos franceses estaban allí poniéndose hasta el culo de pastis. El abuelo me confesó que venía bastante a menudo a Canfranc los domingos por la mañana. Siempre le daba pereza ir a visitar a la familia a Jaca, pero por lo visto la pereza no era la misma para ir a beber ricards. Cuando el abuelo iba por el tercer ricard, apareció mi madre.

-¿Ya está dándole al ricard, Manolo? ¡Que buen ejemplo para mi hijo! Hale, déme un par de besos.

-Muak, muak

-Y tú, ¿no estarás bebiendo también a estas horas?

-No mamá, yo tomo cocacolas porque voy a conducir.

-Muy bien, que por un día que vayas de abstemio no te va a pasar nada, que bastante vino debes de beber al cabo de la semana. Hale, dale un beso a tu madre.

- Muak, muak, muak, muak

-Venga, daos prisa e id pagando, que tengo muchas ganas de ver al pequeño.

Poniéndose mi madre en plan cagaprisas, no nos quedó más alternativa que la de darnos prisa y bebernos todo de trago. Con el ímpetu a la hora de beber, yo, poco acostumbrado a los refrescos gaseosos, acabe expulsando la cocacola por las narices, sintiendo como las burbujas cosquilleaban mis fosas nasales. El abuelo estuvo más hábil de reflejos y no tuvo ningún problema para finalizar su ricard.

Una treintena de kilómetros más tarde, con sus correspondientes curvas, mi madre consiguió alcanzar su objetivo: alzar a mi hermano en un abrazo y comenzar a

besuquearlo en la mejilla cual pájaro carpintero construyendo su nido en un tronco, como si no fuese un canario el ave que residía dentro de ella. Muak, muak, muak, muak, muak, muak, muak, muak. Varios minutos más tarde, con mi hermano semiasfixiado y sin tan apenas sentir su mejilla, la cual comenzaba a adquirir ciertas tonalidades moradas, mi madre decidió parar y comenzar la conversación con sus hijos.

-Ay, dios, qué ganas tenía de verte, hijo mío. Lo muchísimo que te he echado de menos... ¿Qué tal estás? ¿Ya te adaptas a estos gabachos?

-Estoy guay, mamá.

-¿Qué estas guay? Pero, ¿qué me estás contando?

-C'est magnifique.

-Ay madre, encima ya hablas en francés... Vaya cambio más radical. Que alegría me das, no te lo puedes imaginar. De todas formas, echarás en falta a tu madre...

-Claro que sí, mamá, muchísimo. Pero como tú me dijiste que hiciese un esfuerzo por adaptarme y que fuese fuerte, pues te he hecho caso.

-No te puedes imaginar lo orgullosa que estoy de ti hijo mío.

-De hecho me he adaptado tanto a la vida en el campo, que al igual que mis hermanos mayores, yo también me quiero cambiar de nombre y me gustaría llamarme a partir de ahora Silvestre.

-Córcholis, por no decir me cago en dios. Con los quebraderos de cabeza que tuvimos vuestro padre y yo por encontraros un nombre y resulta que ninguno va a quedarse con el elegido. Mira, te voy a dar ese capricho por lo bien que te has portado, que casi prefiero que me pidas cambiarte el nombre a que me pidas comprarte una bicicleta.

-Pues hombre, una bicicleta...

-Mira Ezequiel, digo Silvestre, con lo del nombre ya vale, no abuses de la comprensión de tu madre.

-Vale, vale...

-Y si he cedido es por lo contenta que estoy con tu comportamiento. Ay, qué hijo tan bueno tengo y tan maduro para su edad. Qué poco me recuerdas a otros, eh, Chonatan...

-Qué raro... Ya está mi madre cizañando... -contesté enseguida en mi defensa.

-Pero venga, contadme un poco que hacéis, cómo os va todo.

Así, mi hermano y yo, comenzamos a ponerle a día de nuestra nueva rutina al otro lado del Pirineo. Silvestre le contó todas sus peripecias en el colegio, lo mucho que se había enrollado el maestro para que se integrara, cómo había congeniado con el resto de críos del pueblo, lo mucho que había mejorado su francés. Yo le conté cómo me iba con mis cursos, le expliqué que me llevaba muy bien con Léa y con los DJ pastores.

-Cómo no, tú siempre te has de juntar con los tíos más extraños. Con la gente normal y sensata no te juntarás, no.

-Que sepas que aquí no tenía mucha gente para elegir mis amistades. De todas formas son unos tíos cojonudos. Además también está Léa, que no tiene ninguna afición que tú puedas considerar como extraña.

-Sí, eso lo dices ahora porque no la entiendes cuando te habla. Seguro que muy normal no será cuando se ha juntado contigo.

-Y dale... Además, mira quién fue a hablar de sensatez: Madame bragas en alto pidiendo auxilio...

-¡Ay, ay, ay! Que me lo estas echando en cara... A tu propia madre... Cómo me estas defraudando... Por un pequeño error que he cometido en mi vida... Nunca me hubiera esperado esto de ti, de mi propio hijo... Qué decepción más grande... Todo lo que he hecho en esta vida por vosotros y mira como me lo agradecéis... Desde luego... Cría cuervos... Alguna vez no me he portado bien con vosotros para que me trates así...

Había encendido el dispositivo para que mi madre se hiciese la mártir. Esta vez lo había cogido con ganas y temía que le diese una taquicardia así que hice todo lo posible para que la conversación fuera por otros derroteros.

-Venga, mamá, no te pongas así. No esperaba que fueses a reaccionar de semejante manera por un simple comentario. Hale, cuéntanos qué tal todo por la tienda.

-Martine, hágame una tila por favor, a ver si se me pasa este sofoco. O mejor, saque la botella de Ricard. -mi madre se secó las pocas lágrimas producidas con su arranque, y en el espacio de unas décimas de segundo su estado de ánimo cambió por completo, reluciendo en su cara una sonrisa de oreja a oreja- La tienda va de maravilla. Yo creo que hemos tenido más clientes esta última semana que durante todo el resto de años que la tienda ha estado abierta. Además viene gente de los sitios más insospechados y remotos que os podáis imaginar, simplemente para verme a mí y al abuelo.

-Mira tú que bien -contesté, siguiéndole la corriente, para que se le fuese

pasando el sofoco, a pesar de que todo lo que estaba contando ya lo sabía.

-Incluso han venido de varias televisiones para entrevistarme.

-¡Ay va dios!

-Sí, sí. Pero yo me he negado en redondo. Hay que guardar el misterio del personaje. Una sola aparición en televisión ha provocado que la gente se interese en mi persona y venga a la tienda para saber más y de paso consumen. Pero si empiezo a salir en la televisión a todas horas, la gente va a cansarse enseguida y ya no vendrán a la tienda, y otra vez a pasar miserias.

-Hostia, muy bien pensado.

-Si es que lo tengo todo estudiado. Lo malo es que el otro día dejé solos en la tienda a Brígida y al abuelo y cuando volvía vi cómo salían un cámara y un reportero de televisión. La cría y el abuelo me han jurado que no se dejaron entrevistar, pero yo no me fío ni un pelo de esos dos.

-Oy, oy oy, que me temo lo peor...

6. FAMA

Brígida y el abuelo Jerónimo habían mentido como bellacos. No sólo habían aceptado dejarse entrevistar, sino que además se les había ido la perla como nunca a la hora de responder.

Por aquella época, la televisión a ambos lados de la cordillera hubiera podido aparecer en un diccionario de sinónimos junto a la palabra mierda; merde en el caso de un diccionario francés. De los dos lados, el que se llevaba el record de chabacanería, ponzoña y mal gusto, era sin duda, el lado hispano. Existía un programa nocturno de gran éxito, que daba cabida a toda clase de personaje, siempre y cuando correspondieran a una o varias de las siguientes categorías: tarados, sinvergüenzas, golfas, amantes de la bronca; en definitiva, gente fuera de la normalidad o de la cordura. Mi madre y sus bragas habían dado mucho juego en la sección de zapping del programa. Evidentemente mi madre pertenecía a la categoría de los tarados y me cago en todos los muertos del lector que haya tenido la osadía de meterla en la tercera de las categorías.

Pocos días después de venir a visitarnos, Tomasa, o sea, mi madre, con la fatiga acumulada de días y días de duro trabajo en los comestible comestibles, decidió reposarse tranquilamente enfrente del televisor. Ejerciendo su dedo pulgar con la ayuda del mando a distancia, saltando de cadena en cadena, se detuvo un momento en el programa estrella de la telebasura, justo cuando el presentador pronunciaba la frase “recuerdan ustedes estas imágenes” dando paso al abuelo y a mi madre haciendo el

ridículo en Paternoy. “Hasta cuándo van a seguir dando por culo con las mismas imágenes” pensó para sí mi madre, “Un poco está bien, por la publicidad y el empujón al negocio familiar, pero empiezan a hacerse un poco pesados”. Esa noche no se iban a limitar a repetir las mismas imágenes de siempre, tenían material nuevo, habían conseguido entrevistar en exclusiva a dos miembros de la familia: al abuelo y a una hija, que a pesar de no estar presente en el reportaje del pueblo quemado había resultado ser una caja de sorpresas. “Mecagüenlaputa, estos cabrones de la tele con tanta publicidad me van a dar más trabajo y no me van a dejar jubilarme en la puta vida” reaccionó mi madre mentalmente “Joder, además qué malhablada me estoy volviendo”. El primero en aparecer en pantalla fue mi abuelo Jerónimo con el fondo de los comestibles de comestibles “comestibles”. A pesar de las preguntas concretas postuladas sobre el día del incendio, mi abuelo se fue por los cerros de Úbeda, con la facilidad que le caracteriza, y comenzó a contarles la simpática anécdota del día que les había tocado en una tómbola, a él y a su difunta esposa, un viaje para dos personas a Hiroshima y Nagasaki y cómo el destino les había jugado una mala pasada ya que coincidieron en aquella época con unas bombas atómicas y tuvieron que correr hasta quedar extenuados huyendo de enormes robellones radioactivos. Me acuerdo de que cuando me había contado por primera vez esa historia, me había cagado de miedo. No sé si la reacción producida en los telespectadores ese día fue la misma que la de mi tierna infancia. Tras las impactantes revelaciones del abuelo, le llegó el turno a Brígida. Mi hermana también pasó por completo de las preguntas del periodista y se limitó a contar lo que le vino en gana.

-Entonces, usted, el día del incendio, ¿no se encontraba en el pueblo con el

resto de su familia?

-Pues no, ese día me encontraba precisamente aquí mismo, en este magnífico establecimiento de alimentación en donde pueden encontrar toda clase de delicias. Recuerden este nombre si quieren darle un placer a su paladar: comestibles comestibles, en el centro de Jaca. Comestibles comestible, su establecimiento amigo; comestibles comestibles, de lo bueno lo mejor; comestibles comestibles, te cagas de lo bueno que está todo...

-Vale, vale. Pero, díganos, ¿qué opinión le merecen las imágenes divulgadas de su familia del día del incendio?

-Mire usted, si lo que quiere es que hable mal de mi familia, no ha ido a parar con la persona idónea. Además si usted me esta entrevistando es porque se interesas por mi persona así que límitese a hacer preguntas sobre mí. No quiero pecar ni de egocéntrica ni de narcisista; pero sepa que si me entrevista a mí es para hablar de mí y no del resto de mi familia. ¿Queda claro?

-Vale, pues entonces, háblenos de usted.

-Hombre, me alegro de que me haga esa pregunta. Fíjese, que aparte de trabajar en esta fabulosa tienda: comestibles comestibles, no lo olviden; pues me dedico a la canción. Yo soy cantautora, o sea que además de componer las canciones, las canto. No se crea que yo compongo cualquier mierda, no cometa esa equivocación. Lo mío es la canción protesta.

-¿Canción protesta? Y, ¿por qué cosas protesta usted?

-Como que no hay cosas por las que protestar y lo mucho que me gusta a mí quejarme... ¿Qué pasa, que a usted todo le parece bien? ¿Es usted un conformista?

-A mí no se me rebote, señorita.

-No me reboto, perdone si le he dado esa impresión. Es que a veces me parece que la sociedad no esta lo suficientemente comprometida. Yo considero que durante años, cantautores de la talla de Labordeta o Paco Ibáñez han esperado que alguien tomase el relevo y viendo que nadie reaccionaba, me he visto obligada a coger el testigo.

-Qué punto de vista tan interesante... Pues nada, cántenos algo.

-Pues no me da la gana. Quién me dice a mí que es usted un periodista y no un simple plagiador que me está grabando para luego llevarse los laureles por mi composición.

-Qué malpensada y qué carácter. Si no quiere cantar, no cante.

Siendo que lo que mi hermana estaba deseando era hacerse de rogar y viendo que el periodista no reaccionaba, dijo Brígida:

-Ya que insiste tanto, y a pesar de que no tengo aquí mi guitarra, voy a hacer un esfuerzo, voy a hacerle confianza, y voy a cantarle a capella uno de mis temas. Se titula "No soy un putón, no me vendo a la globalización".

Durante cinco minutos torturó a los telespectadores con sus berridos y sus ripios, a los que ella gustaba definir como letra profunda.

Anti Anti Anti antiglobalización

Cuatro cabrones quieren dirigir a miles de millones

Mcdonalds mierda de alimentación, mecagüen el copón

Anti Anti Anti antiglobalización

No discuto que la idea de hacer una canción en favor del movimiento antiglobalización era muy buena. Lo malo es que si era mi hermana la encargada de componer dicha canción, el resultado era bastante lamentable.

Anti Anti Anti antiglobalización

Unos pocos tienen mucho y unos muchos no tienen nada

Hay que hacer la revolución porque sino esto es una cagada

Anti Anti Anti antiglobalización

Cuando Brígida cumplió 12 años, mi padre decidió regalarle una guitarra. Tras diez años ejercitando sus vertiginosos dedos, mi hermana consiguió retener en su cabeza cuatro acordes, los suficientes para combinarlos y poder crear sus increíbles canciones. Siendo mi hermana una persona llena de inquietudes y a la que le gustaba quejarse por todo, enseguida quiso dar rienda suelta a su imaginación para reflejar en sus canciones todas las injusticias del mundo. Era una pena que no fuese muy dotada para la composición porque estaba claro que tenía muchas cosas que decir pero que era un poco nula a la hora de exponerlas en un texto. De todas formas, no voy a ser excesivamente crítico con mi hermana y sus canciones porque en el fondo, muchas de sus letras me hacían gracia, como a todos los que las escuchaban.

Como era imaginable, mi madre sufrió una crisis cuando vio a Brígida por la tele

haciendo el ridículo. Nunca iba a acostumbrarse a los disgustos que le dábamos sus hijos. Por mucho que hubiese insistido Brígida haciendo propaganda del negocio familiar, a lo que más había contribuido con su aparición en la pequeña pantalla, era a reafirmar al resto de la sociedad que los Tajada eran una familia de chalados. Ganas tenía mi madre de que Brígida entrase por la puerta para poder emprenderla y desahogarse a gusto.

-Hola, mamá. ¿Nos has visto al abuelo y a mí por la tele?

-¿Que si os he visto? Todavía no se me ha pasado el disgusto. He estado al borde del paro cardiaco. No entiendo qué placer encontráis haciendo sufrir a vuestra madre.

-¿Y la publicidad gratuita que he hecho?

-¡Me cago yo en la publicidad! Que ya estoy harta de trabajar y de ser el hazmerreír nacional.

-Pues que sepas que justo después de salir por la tele, he recibido una llamada al móvil de los del programa y me han dicho que les ha gustado mucho nuestra aparición y que igual nos llaman para ir un día al estudio en directo.

-Iréis por encima de mi cadáver.

-El abuelo no sé, pero yo haré lo que me venga en gana, que para algo soy mayor de edad.

-Ya veremos.

-Ya veremos.

Dos semanas más tarde Brígida fue llamada para participar en directo en el programa. Las causas principales para ser elegida fueron tres. La primera es que en su primera intervención televisiva demostró estar lo suficiente mal de la cabeza como para aparecer en dicho programa. Otro argumento importante era que mi hermana daba muy bien delante de cara y si hasta ahora no he sido capaz de decir nada positivo de ella, por una vez voy a cambiar de actitud para resaltar una de sus cualidades: mi hermana estaba muy buena. Por último, el hecho de que tras acabar la entrevista, Brígida y el reportero se enrollaron ayudó mucho para que este último insistiera a la producción para que ella interviniese algún día en el programa. El abuelo también fue invitado a viajar hasta Barcelona, que era desde donde se realizaba el programa, pero mi madre no le dejó ir y como el abuelo no se enteraba mucho de las cosas, no puso ningún impedimento. A Brígida le resultó mucho más difícil retenerla y a pesar de lo mucho que mi madre insistió, protestó y ordenó, mi hermana, como bien había prometido, hizo lo que le vino en gana y marchó para Barcelona.

En su primera intervención en un programa en directo, Brígida decidió hacer un recital monotemático contra la construcción de pantanos en el Pirineo. Para ello interpretó su lograda trilogía de canciones: “Ese pantano te lo metes por el ano”, “Esa presa de Yesa no me la pone tiesa” y por último un tema que compuso cuando pasaba por su etapa más punki “Voy a hacerte un pantano de mierda en tu boca”. Hacía ya varios años que los distintos gobiernos regionales habían decidido continuar con la política pantanista franquista y pretendían inundar todos los valles pirenaicos a base de pantanos para supuesto beneficio de los regantes del llano. El proyecto que más nos afectaba, por proximidad, era el de recrecimiento del pantano de Yesa. Dicho proyecto

pretendía subir la cota del pantano ya existente para triplicar su capacidad, inundando para ello un pueblo y todas las tierras de cultivo de otro. Incluso un tramo del camino de Santiago iba a quedar bajo las aguas, no sé si con la intención de crear una nueva modalidad de peregrinación: el triatlón jacobeo con un trozo a pie, otro en bici y en medio un tramo a nado sobre las aguas del pantano. Durante años, las gentes del Pirineo nos manifestábamos por todas partes para hacernos oír e intentar parar la construcción de dichos embalses. Desgraciadamente, los habitantes del Pirineo no somos muy numerosos y por tanto no tenemos el peso político suficiente para que nuestras reivindicaciones sean escuchadas. A pesar de lo mucho que nos habíamos movilizado, rara era la vez que aparecíamos en un medio de comunicación fuera de los límites comarcales. Tal podía ser nuestra frustración por no ser oídos que a veces llegué a pensar que la única manera de llamar la atención era metiendo una bomba. De hecho varios amigos habíamos coqueteado con la idea de crear un banda terrorista e incluso yo mismo me había iniciado en las búsquedas por internet para recopilar información sobre la fabricación de artefactos explosivos, pero dada mi falta de concentración, cada vez que me ponía delante del ordenador, no sé como me las arreglaba que siempre acababa visitando páginas pornográficas.

Brígida, con su aparición en la tele, había conseguido en una sola noche más que miles de personas durante casi una década. Había logrado transmitir nuestro mensaje de oposición a la construcción de embalses a todo el país. La problemática de los pueblos del Pirineo condenados a muerte por culpa de un miserable pantano fue conocida a nivel nacional. Quizás la forma no era perfecta, no dejaban de ser composiciones mediocres de rima fácil, aunque cargadas de ironía y de humor. Sin

embargo, el resultado fue bastante increíble. Los estribillos fueron calando fácilmente entre las gentes y al cabo de varios días era posible encontrar en sitios tan recónditos como el cabo de Gata o la Galicia más profunda, personas que tarareaban con toda naturalidad estrofas del estilo “ese pantano es un grano en mi ano” o “me caguen dios, no me inundareis para tener más H2O”.

Yo, por aquella época, también tuve mi dosis de fama, no al nivel de Brígida, evidentemente, pero fama a fin de cuentas. La primera tanda de quesos de prueba que hice en el cursillo resultó un éxito. En casa nos quedamos un par de quesos y el resto lo repartimos entre los vecinos más simpáticos del pueblo. Todo el mundo apreció la textura y el sabor de mi queso y se corrió la voz por todo el valle del Aspe de que había nacido un nuevo genio de la fabricación de quesos. Mi madre, por una vez en la vida, iba a estar orgullosa de mí. Con los disgustos que llevaba por las apariciones de Brígida en televisión, yo iba a ganar un puesto en el ranking de buenos hijos. Lo más difícil iba a ser desbancar a Silvestre del primer puesto, pero de todas maneras ese no era mi objetivo.

Léa empezaba a hacerme cada día más caso y es que, con eso de ser el creador revelación de quesos del valle del Aspe, me había convertido en una persona carismática. Se esforzaba en enseñarme su lengua natal, con una extraordinaria paciencia y yo me quedaba obnubilado viendo como movía sus labios adquiriendo formas imposibles a la vez que sensuales. Lástima que, como de costumbre, no osaba vencer mi timidez para declararle mi amor.

-Dígame

-Mamá, ¡que soy Chonatan!

-Hombre, hijo mío, ¿que tal estás?

-Muy bien, que he hecho ya la primera tanda de quesos y está que te cagas.

-Pero, ¿qué me estas contando?

-Que sí, que sí, que me ha salido muy bueno. Vete preparando un buen estante en la tienda que ya tenemos producto estrella.

-Bueno, bueno, primero he de catarlo, que no me fío mucho de ti.

-Pues, te mandé ayer un queso por correo para que lo pruebes. De todas formas, todos los que lo han probado aquí dicen que no habían comido un queso como ése hace mucho tiempo. Y piensa que estoy en Francia y aquí otro cosa no comerán, pero lo que son quesos...

-Pues me lo creo y me alegro.

-Tú, ¿que tal por allá?

-Pues muy mal, como quieres que esté. Con una hermana como la tuya que se empeña en ganar el premio al miembro de la familia que hace más el ridículo... Y eso que tenía una dura competencia con el resto de la familia.

-Pero bueno, si a ella le apetece...

-Que no, que no, que una cosa es lo que nos pasó a nosotros cuando no éramos conscientes de lo que hacíamos ni de que nos grababan, y otra muy distinta es hacer el payaso por gusto.

-Pues no te preocupes, que ya se le pasará.

-No sé yo, con la cabeza de chorlito que tiene tu hermana... De momento, la semana que viene otra vez va a Barcelona.

-Pues déjala y no le des más vueltas.

-Que no, que no, que hasta que no me matéis de un disgusto no vais a parar- concluyó mi madre con su frase comodín.

Una semana más tarde, Brígida volvía a aparecer en el programa. El personajillo creado comenzaba a calar entre el público y en el momento de entrar en el plató, la ovación fue tremenda. Como de costumbre, volvió a deleitar a los telespectadores con nuevas composiciones llenas de frases absurdas con fondo bien reivindicativo. En esta ocasión aprovechó para criticar la manía que les había entrado a algunos con que había que hacer unas olimpiadas de invierno en Jaca. De allí su tema "Vaya cagada hacer una olimpiada".

Justo cuando salía del estudio de grabación, un individuo vestido de negro y con un pasamontañas del mismo color como acompañamiento a su vestimenta, se acercó a Brígida y le propinó un golpe en la cabeza dejándola más atontada de lo normal. Como pudo la arrastró hasta un vehículo en el cual mi hermana fue sedada con cloroformo, amordazada y atada. Segundos después el coche arrancó y huyó a gran velocidad. Brígida acababa de ser secuestrada. Quién podía haber tenido motivos para secuestrarla. Acaso se trataba de un ignorante que no sabía que el mayor rescate que podíamos pagar por ella podía definirse como irrisorio. O quizás se trataba de una persona molesta por las opiniones de Brígida expuestas en televisión; igual era un regante del llano molesto por haber sacado a la luz las injusticias vividas en ciertos

pueblos del Pirineo por su culpa.

Vaya misterio más misterioso...

7. DJ KESO

Brígida despertó de su letargo a causa de un fuerte olor a queso. Tenía las manos desatadas y logró quitarse la venda de sus ojos sin problemas. Había pasado varias horas a oscuras y la tenue luz que invadía la habitación la cegaba, a tal punto de ser incapaz de reconocer a las personas que la rodeaban.

-¿Dónde estoy? ¿Quiénes sois? ¿Por qué me habéis secuestrado? Y qué mal huele aquí, me cagüen la puta.

Estaba todavía bajo los efectos del sedante y hablaba en un tono bajo y tranquilo, muy distinto al que se hubiera esperado en ella dado su carácter y su mala leche. Poco a poco empezó a acostumbrarse a la luz y las caras difusas de sus secuestradores comenzaban a tener forma reconocible. “¿Estaré soñando? como se parecen estos cabrones que me han secuestrado a mi familia” pensó para si Brígida. Segundos más tarde, recuperó por completo la visión y pudo ver nítidamente como mi madre, mi abuelo Manolo y yo estábamos rodeándola y esperando nerviosamente su despertar.

-Pero, ¿no me jodáis que sois vosotros los que me habéis secuestrado?

-Pues sí. Para ser más exactos, fui yo solita con la inestimable ayuda de Kita
-contestó mi madre toda orgullosa.

-Pero, ¿te has vuelto loca? ¡¡¡¡Secuestrar a tu propia hija!!!! ¿Dónde se ha visto esto?

-Mira, es normal que ahora te parezca extraño pero estoy convencida que al cabo de tiempo vas a agradecermelo. Piensa que tal y como esta la televisión actualmente, pronto se iban a cansar de tus canciones y ya te imaginaba diciendo que eras la novia de cualquier cantamañanas famosillo o de algo así, con tal se seguir apareciendo en antena. O aun peor, si cabe. Toda esa gente que sale por la tele es una panda de drogadictos y pronto iban a hacer lo posible por que entrases en su mundo putrefacto. Yo ya te veía muerta de doble dosis o prostutiyéndote para poderte pagar las drogas.

-O sea que esa es toda la confianza que tienes en mí.

-Compréndelo, Brígida, una madre siempre se preocupa por su hija. No quiero decir que no te considere lo suficientemente madura, aunque muy sensata tampoco te veo, para qué te voy a engañar. Lo que pasa es que no eres consciente de que la gente es muy mala y no te puedes fiar de nadie.

-Me cago en todos tus argumentos.

-No hables así a tu madre, haz el favor, que me merezco un respeto.

-¿Y se puede saber dónde demonios me habéis metido?

-Estás en Sarrance, en tu casa. -Intervino Manolo- En la misma habitación donde naciste. Ahora la utiliza tu hermano como laboratorio para fabricar sus quesos.

-Ves, hija, qué bonita metáfora. Es como un nuevo renacer en tu vida...

-iiiiiiiiiiiiY UNA MIERRRDAAAAA !!!!!!!!!!!!!

Iba a resultar duro que Brígida acabase por convencerse del bien que podía hacerle la vida en el pueblo y de lo desgraciada que hubiera sido si hubiese seguido

con su vida de espectáculo y popularidad. Mi madre había hecho lo más divertido, secuestrarla, pero luego nos dejaba a los demás la parte más dura, retenerla. De todas formas, tenía un poco de cargo de conciencia ya que comenzaba a abusar de los abuelos dejándoles a todos sus hijos. Por su parte, tanto el abuelo Manolo como la abuela Martine, estaban encantados con la idea de vivir con todos sus nietos, y es que, aunque este feo que yo lo diga, somos unos chavales majísimos.

El proceso de desintoxicación de Brígida de su tontera por ser famosa fue largo y laborioso. El tratamiento a base de Ricards y comida casera ayudaba bastante, así como las charlas del abuelo, como si de un líder espiritual se tratara, explicando las numerosas maravillas de la vida en la montaña y haciendo revivir experiencias de sus primeros años de vida en el pueblo, verdaderos flashbacks de felicidad. Aun así, mi hermana sufrió varias recaídas y dos intentos de fuga. El primero de ellos, fracasó a las pocas horas. Tras lograr saltar por la ventana de noche y correr hasta la carretera, pasó más de tres horas esperando que algún coche pasara. Solo pasaron dos y ninguno quiso pararla, así que desesperada, desistió de su intento y volvió a escalar por la ventana. Varios días más tarde, optó por la huida a pie. Al punto la mañana, se calzó sus botas kachuskas y comenzó a caminar campo a través dirección sur. Tras varias horas de marcha llegó a una enorme pradera y fue allí donde tuvo una revelación, similar a la de Bernadette a pocos kilómetros de allí cuando se topó con la virgen de Lourdes. Se trataba, nada más y nada menos, que de los DJ pastores en pleno éxtasis interpretativo. Chun chun chun ñiqui ñiquiñiquiñiquiñiqui gggffgffg fggggggg (esto último es la onomatopeya de una llamarada de fuego recién escupido, por si hay algún torpe que no lo había captado). La visión de Bernard y Nicolas realizando sus performances

junto a sus rebaños de ovejas epató a Brígida a tal punto de considerarla como una señal divina. No podía abandonar un lugar en el que te podías cruzar con semejante espectáculo. Esto no tenía nada que ver con las modernas discotecas de mierda a las que había ido en Barcelona con sus colegas de la tele. Aquí la música sonaba mejor, el paisaje le daba mil vueltas a las decoraciones de diseño y sobre todo, la banda de borregos para los que estaba siendo interpretada la música eran mucho más naturales y más creíbles.

-Salut, le gars. Vous venez de m'ouvrir les yeux. Merci! – Les gritó mi hermana y dando saltos de alegría rehizo todo el camino de vuelta hacia Sarrance.

-Cette folle ne peut être que famille de Chonatan- comentó Nicolas a Bernard echando todavía humo por la boca.

Brígida volvió con las pilas cargadas, llena de energía y de positivismo. Era increíble el poder que tenía el pueblo de Sarrance para transformar a todos los hermanos Tajada. Hasta yo, por una vez en la vida, había conseguido tener éxito en algo que hacía, era el creador de un queso extraordinario.

Los meses que siguieron, a pesar de no haber acabado con los cursillos, me metí de lleno en la fabricación de mi queso. Transformamos por completo la habitación que me había prestado el abuelo y que había servido de paridero de mi hermana Brígida, y la convertimos en un autentico paridero de quesos, con todos los elementos imprescindibles para su fabricación. Brígida mostraba gran interés por el mundo del

queso. Quería saber para qué servía cada utensilio, estaba ansiosa por conocer cada paso de la elaboración del queso, no se cansaba de pedir todo tipo de detalles. En vez de mandarla a la mierda y de decirle que se apuntase a un cursillo como había hecho yo, me cargué de infinita paciencia y le di muestras de mis enormes aptitudes pedagógicas. Así, Brígida pasó a ser mi ayudante.

A pesar de dedicar la mayor parte de mi tiempo a los cursillos y a mi pequeña fábrica de quesos, no dejé de ser un tío lleno de inquietudes. Decidí que debía tener un poco de tiempo libre para dedicarlo a alguna actividad más artística. Con esto no quiero decir que la fabricación de un queso no sea un arte, nada más lejos de la realidad. Convencí a Bernard para que me introdujese en el apasionante mundo de scratcheo y así, todos los días, me daba unas clases de cómo ser DJ. Aunque esté feo decirlo, demostré ser un alumno aventajado y al poco tiempo me manejaba detrás de unas pletinas como si toda la vida me hubiera dedicado a ello. Con todo lo aprendido, aposté por la creación de nuevas músicas aprovechando viejos ritmos ancestrales pirenaicos rescatados del olvido, mezclados con las nuevas tecnologías. Era increíble cómo podía sonar mi disco de vinilo “Las mejores melodías del salterio” mezclado con otros ritmos más actuales y con el chun chun chun detrás. Je, je, je, mi madre no había conseguido hacerme olvidar mi gran afición al salterio y encima yo lo había modernizado. A la hora de ponerme un nombre artístico, pensé que debía encontrar algo más original que DJ Chonatan, necesitaba una inspiración. Eso fue precisamente lo que tuve, una inspiración, pero una inspiración de las de inspirar por las narices el aroma que salía de la habitación-paridero. A partir de ese momento, Chonatan cuando estuviera dándole que te pego a sus discos y sus pletinas, pasaría a llamarse: DJ Keso.

Pasaba el tiempo y poco quedaba para que la primera gran remesa de quesos saliera a la luz y pudiera ser exportada a Jaca. Todas las noches nos juntábamos con Bernard y Nicolas para crear nuevas composiciones y performances. Cada día nos sorprendíamos más de lo buenos que éramos, de lo bien que lo hacíamos y de la perfección de los resultados. Por ejemplo, parecía imposible que un sonido tan histriónico como puede ser la jota, ganase tanto cuando le dabas cuatro meneos al disco scrassi-crassi. Brígida, con la manía que le había entrado por interesarse por todo lo que yo hacía, se puso de lo más pesada insistiendo en que quería participar y que quedaría muy bien si ella cantaba por detrás de las canciones. En vista de lo difícil que iba a ser persuadir a mi hermana para que cambiase de idea y por no decirle claramente que cantaba como el culo, le propusimos que rapease, convenciéndola de que sonaba mucho mejor y de que se trataba de un ritmo mucho más actual y más acorde. No podíamos dejar al margen de nuestro proyecto musical a Léa y como no sabía muy bien qué es lo que podía hacer, tras darle muchas vueltas a la cabeza, se me ocurrió que quedaría muy bien meter de vez en cuando una frase en francés entre scrass scrass salida de la boca de la churri más bella del valle del Aspe. Léa demostró tener una enorme vena creativa soltando frases al estilo “J’amairais me faire enculer”, “J’adore succer ta bite” o guarradas similares. Por último nos surgió una nueva colaboradora donde nadie podía esperárselo. Una tarde, mientras estábamos ensayando en la habitación-paridero-de-quesos-y-de-nuevos-sonidos, la abuela Martine se nos acercó.

-Hola, hase vagios dias que veo lo que estais haciendo y quiego que veais una

cosá -la abuela dio media vuelta y marchó a la segunda planta.

-Qué cojones querrá enseñarnos esta mujer -comenté antes de seguirla.

-A saber qué tripa se le habrá roto -dijo Brígida.

La abuela se dirigió hacia una habitación de la que nunca nos habíamos percatado y abrió la puerta. Dentro había un pedazo ordenador de última generación con su correspondiente conexión a internet.

-Migad, me telecaggo videos pag integnet y después los mesclo con un pgogama.

-Pero, qué dices, abuela, que no hay quien te entienda, ¿que te telecagas vídeos? -le pregunté.

-Que se los telecarga, vamos, que se los baja de internet. Yo creo que sí que me he enterado de lo que nos quiere explicar. Me parece a mí que la abuela es VJ.

-¿Lo que?

-VJ, Video-jokey tío.

-¿Y eso que es?

-Joder, Chonatan, no te enteras de nada. No sé en qué siglo vives, estás completamente out. Hasta la abuela está más puesta que tú.

-Pues explícame qué cojones es eso del VJ, tía-lista.

-Yo eso lo he visto en Barcelona. Es como un diyeyi, pero en vez de pinchar música, pincha vídeos. O sea, a la vez que se escucha la música, hay un tío que echa imágenes distintas en una pantalla.

-Hostia Brígida, tú serás todo lo lista que quieras, pero te explicas como el culo.

No hay dios que te entienda.

-Si quieges te hago una desmostgación.

-Pues casi que sí, abuela, a ver si así me entero.

La abuela metió música y comenzó su demostración. El ordenador estaba conectado a una enorme pantalla donde se difundían las imágenes. Cada tecla lanzaba un video diferente. La abuela, cual virtuosa del piano, apoyaba sus delgados dedos en las diferentes teclas haciendo aparecer trozos de películas al ritmo de la música. Resultaba hipnótico ver el abigarrado desfile de imágenes. De vez en cuando, metía efectos caleidoscópicos, efectos espirales, efectos torbellino, y efecto tapón de la fregadera abierto. Ahora comprendo la dificultad de Brígida para explicar de manera comprensible en qué consistía lo de los vj's. Confío plenamente en la capacidad de comprensión de los lectores o en que al menos se trate de gente de mundo que hayan visto alguna vez en sus vidas a un vj en acción.

-Hostia, abuela, lo haces que te cagas -peloteó mi hermana.

-Abuela, estoy que no me lo creo -le comenté yo.

-¿Te ha gustado?

-Mucho.

Estaba flipando, pero no por el hecho de que la abuela fuese vj, a fin de cuentas una abuela marchosa se ve en cualquier teleserie de la tele, pero lo que no me podía caber en la cabeza es que disponíamos de internet en la casa y me había pasado tres meses ignorándolo. Qué callado se lo tenía la vieja.

-Qué, Chonatan, ¿la fichamos para la troupe de DJ Keso?

-No sé, tendré que reflexionar.

-¿Pero qué vas a reflexionar, atontado? Si has pillado a Léa para el grupo para que diga cuatro gilipolleces y no vas a ser capaz de contratar a la abuela, que lo que hace está de puta madre.

-Bueno, tienes razón Brígida.

De esa manera fue como cedí. He de reconocer que me hice el duro pero en el fondo estaba obnubilado por la exhibición de la abuela, lo que ocurre es que en un principio me había obcecado pensando en la de horas muertas que hubiese podido perder delante de internet los últimos meses y no era capaz de centrarme en el fabuloso espectáculo a cargo de la abuela y de su ordenador.

Por fin llegó el gran día. Cientos de quesos estaban preparados para darse a conocer entre la sociedad pirenaica. Un queso tan extraordinario como el que había salido de mis propias manos no podía presentarse de cualquier manera. Debía festejarse de manera especial, al igual que se hace con los estrenos cinematográficos o la salida a la venta de un nuevo libro de la saga de Harry Potter. Habíamos preparado un espectáculo que iba a ser la hostia. Dos portentos iban a salir a la luz: DJ Keso y el queso DJ, iniciales estas de “Delicatessen Jacetana”.

Los últimos días habíamos trabajado duramente la puesta en escena. La abuela se había bajado unos videos de quesos rodando en www.quesosrodadores.com que juntados a los que ya tenía, consiguió preparar una performance la mar de apañada. Mi madre pidió permiso al ayuntamiento y montó un pequeño escenario en la puerta de la tienda de comestibles con equipo luminotécnico incluido. Todo estaba preparado para ser transportado a Jaca, mi equipo de música y pletinas, las de Bernard, la colección de vinilos de músicas de ayer y de hoy y de siempre, las garrafas de keroseno para Nicolas, ordenador portátil y pantalla para la abuela, vaso para hacer gárgaras para Léa, micrófono inalámbrico de rapero para Brígida, su guitarra por si entre el publico hubiese fans que le pidieran cantar sus canciones y sobre todo varias toneladas de quesos DJ. Cargamos los quesos y todo el material necesario para el espectáculo en Kita y nos dispusimos a partir hacia tierras jaquesas. Léa, Nicolas, Bernard, Brígida, Silvestre, los abuelos, yo, todos íbamos de excursión. Sarrance se quedaba medio vacío.

Brum, brum, brum

-On n'y va!

-¡Venga pues!

8. EL ESTRENO

Es curioso, pero el valle del Aspe me parecía mucho más bello de cara para arriba. Tras varios meses de aislamiento, por fin volvía a la tierra que me vio nacer. La emoción me embargaba y las lágrimas se me saltaban. Un puño de nervios taponaba la boca de mi estomago durante todo el camino. Qué ganas tenía de volver a ver a los míos, a mi madre, al abuelo Jerónimo, a esa panda de cabrones que dice llamarse mis amigos.

Curvas cuesta arriba, más curvas, el túnel, el sol, carretera cuesta abajo y Jaca.
¡¡¡¡Mamaaaaaaá!!!!

-¡Ay qué alegría, que estáis otra vez aquí! A mis brazos, hijos míos. Muak, muak, muak

-¿Pero quiénes son esta panda de jipis y que hacen en nuestra casa?

-Pero abuelo, qué dices de jipis, si somos tus nietos.

-¿Qué nietos? Si yo no tengo nietos.

-Hostia, yayo, ya veo que sigues como una puta cabra.

-Pero qué dice este piojoso malhablado. A mí no me dirijas la palabra, jipi más que jipi. Tomasa, hija mía, haz el favor de echar a estos legañosos de nuestra casa.

-Papá, ¿no te acuerdas de tus nietos? Son Brígida, Chonatan y Silvestre, que se fueron a vivir a Francia.

-Ah, es verdad, que emigraron...

-Ves cómo ya te acuerdas de nosotros abuelo.

-...a trabajar en una mina...

-Ay dios

-...y la mina se derrumbó y todos murieron. ¿No te acuerdas, Tomasa? ¡¡¡Son fantasmas!!! ¡Han venido a casa los fantasmas de tus hijos!

-Agüelo, no nos insultes -se rebotó Silvestre.

-Tomasa, tengo miedo -justo en ese momento, tras pronunciar estas palabras, entró por la puerta mi otro abuelo- ¡¡¡¡¡¡¡Aaaaaaaahhh!!!!!! -reaccionó Jerónimo con un grito de louping de montaña rusa cuando vio a Manolo- ¿Tú?

-Hola, Jerónimo -Contestó secamente Manolo.

Los dos abuelos nunca se llevaron bien. Manolo nunca soportó que sus nietos pasáramos por completo de sus aventuras por culpa de las paranoias de Jerónimo. Jerónimo, por su parte, siempre había considerado a Manolo como un hombre con una vida muy aburrida y que encima quería compartirla con el resto, haciendo caer a sus oyentes en el sopor. Cada vez que se habían juntado, la cosa siempre había acabado con una fuerte discusión y con un concurso a la más increíble anécdota vivida, haciendo que Manolo perdiese los nervios ante las enormes sandeces salidas de la boca de Jerónimo.

-Ya veo, Jerónimo, que no has cambiado, sigues en tu línea de desvarío.

-Venga, Manolo, no empiece usted a cizañar que ya es usted mayorcito. Tengamos la fiesta en paz -intentó calmar mi madre el asunto- y tú, papá, tómate la pastilla para el riego, tómatela ya, por el amor de Dios.

-Hola buenos días -entró por la puerta Martine.

-Martine qué alegría, por fin una persona sensata. ¿Pero qué son todos esos talabartes que lleva allí? -preguntó mi madre señalando parte del material que llevaba la abuela.

-Es parte del equipo paga el espectáculo. Es que soy vivei.

-¿Qué es usted qué? Manolo, que me parece que a su mujer también se le ha olvidado tomarse la pastilla.

-Pego...

- Que se le va un poco la perola, Martine. Manolo, a ver si me la cuida un poco más.

-Bueno, ¿qué? ¿Comemos? -centré la conversación hacia los temas prioritarios, a lo que se sumó Brígida.

-Venga, sí, que me muero de hambre.

-Pues hala, todos a comer -dijo mi madre, y repitió la frase en cámara lenta dirigiéndose a la abuela y gesticulando, como si estuviese hablando con un crío o con un tonto- a cooomeeeeer, cooomeeer.

-Ya lo habí compgendido.

-Esperad un momento -comenté- que voy a avisar abajo a Léa, Nicolas y Bernard para que vayan montando el equipo mientras nosotros comemos.

-Hostia, Chonatan, tu siempre has de ser “el perfecto anfitrión”. ¿Pero cómo puedes ser así? ¿Cómo vas a dejar a los pobres trabajando? Tráelos para aquí a que coman con nosotros. Y a ver si cambias alguna vez.

Y fue así, tras la puesta de puntos sobre las íes de mi madre, como invité a mis amigos a que compartiesen mesa con mi familia. Después de pasar una agradable

comida intercambiando opiniones, anécdotas, chascarrillos, historietas y chorradas varias, todo ello comiendo de puta madre y regado con buen vino, nos metimos de lleno al tajo. Dispusimos todo el material de manera perfecta sobre el escenario. Justo en el centro, mi mesa de mezclas, a fin de cuentas el protagonismo máximo iba a recaer en mí, para algo yo era DJ Keso y el creador de Keso DJ. A un lado, la mesa de Bernard y la cyclo-estatic de Nicolas, por si hubiese problemas de electricidad y le tocase tener que pedalear. Al otro lado los micros para Léa y Brígida y una silla para la guitarra. Al fondo, el equipo informático de la abuela y la macropantalla. Para finalizar, como toque decorativo, torres de quesos DJ. Debajo del escenario, habían montado varias mesas donde se distribuiría el queso de degustación

Mi madre había dado publicidad al evento en los medios locales e incluso era posible que la gente de la tele viniese a hacer un reportaje dado el nivel mediático que la familia había adquirido.

Se acercaba la hora y una muchedumbre comenzaba a agruparse en torno del escenario junto a la tienda de comestibles. Unos cuantos habían venido movidos por la curiosidad y otros muchos llamados por el reclamo de queso gratis. Nos hicimos de rogar y tardamos veinte minutos en subir al escenario, quieras que no, empezábamos a comportarnos como estrellas del rocanrol; aparte de que nunca, en la puta vida, ninguno de los miembros integrantes del grupo habíamos llegado a la hora a ninguna cita.

iiii QUE COMIENZE EL ESPECTACULO!!!!

ñiqui ñiqui ñiqui ñiqui chun ñiqui ñiqui chun

scrasssss crass crasssss

Ahí estábamos DJ Keso y Bernard DJ, detrás de nuestras pletinas, por primera vez frente a un público que se tenía sobre dos patas. Interpretábamos nuestras composiciones a base de ritmos de variada procedencia, privilegiando la música tradicional del Pirineo. El resultado era aún más digno que de costumbre, rozando la perfección. Varios minutos de scracheo calentando el ambiente y le vino el turno a las churris del grupo. Brígida cogió su micrófono y empezó a rapear las letras reivindicativas de sus canciones, recorriendo el escenario de punta a punta gesticulando y braceando. Léa le hacia los coros.

Sociedad suciedad capitalista meto canlogüevostupolicea egoista que solo piensa en

Me faire enculer, me faire enculer

Mecawenlaputamekawenelco ponllegalarevolucionseosquitan las ganas de

Me faire enculer, me faire enculer

A todo esto, se unió Nicolas escupiendo fuego y Martine pinchado quesos; bueno, pinchando videos de quesos porque los que pinchaban quesos armados con un palillo eran los típicos gorriones de turno siempre presentes en el lugar que dan algo gratis.

El espectáculo ofrecido era cojonudo e incluso un reducido grupo de los asistentes lo estaba apreciando. El resto, para qué nos vamos a engañar, era una panda de garrulos. En seguida, se formó un murmullo general provocado a base de comentarios estilo: vaya ruidera están armando, qué cabeza me están poniendo con el chunchunchun, a ver cuando se callan, qué pesados y mor mor mor mor. Bien se vale que el queso, que a fin de cuentas era lo que estábamos promocionando, lo habían apreciado. A los comentarios de protesta a cerca de la música también se les unía otros como “vaya queso cojonudo” o “este queso esta que te cagas”. La apreciación juntada con la voracidad y con la multitud, hizo que las dos toneladas de quesos de degustación que tanto tiempo me había pasado elaborándolas, desaparecieran en pocos minutos. La publicidad estaba hecha y durante los próximos días de la semana, sin lugar a dudas, se formarían colas en la puerta de la tienda para comprar queso DJ.

Reducido el queso de degustación a migajas, y los quesos reservados a la venta vendidos en un tiempo record, como si hubiesen sido objeto de una desintegración, la muchedumbre concentrada comenzó a dispersarse. Solo el pequeño grupúsculo amante de la buena música aguantaba delante del escenario. El espectáculo continuó como estaba previsto. No podíamos defraudar al grupo de fieles. Estos jóvenes jacetanos estaba extasiados ante nuestra performance y lo mostraban al final de cada tema gritando, ellas como perras en celo y ellos como tifosi. Entre el centenar de personas que quedaban, no podían faltar esos que dicen llamarse mis amigos: el Matutan, el Ababol, el Chipirón, la Mendruga, Zamarugo y Zaborrero.

A las 8 y cinco aparecieron los municipales con ganas de tocar la moral.

-Oh mierda, ¡la poli!

-Oh putain, les flics!

Los malos, los polis, empezaron a hacer gestos para que cesáramos de tocar. Nosotros, dado nuestro espíritu revolucionario, no sólo no paramos de tocar sino que lo hacíamos aún con más ímpetu y fervor mientras mi madre se acercaba para aclarar la situación.

-A ver, señor agente, ¿se puede saber por qué no pueden tocar los chavales si hemos pedido permiso y hemos hecho todo el papeleo necesario?

-Discúlpeme, señora, pero el permiso era hasta las 8 y ya han pasado varios minutos desde la hora estipulada. Además, hemos recibido varias quejas del vecindario así que ya están ustedes desalojando el chiringuito.

Por la ventana del segundo piso de la casa de enfrente asomaba la cabeza la vecina intentado disimular su rostro entre las cortinas. Había sido ella la que había llamado a la policía, no me cabía ninguna duda, la muy cacho puta. Siempre había tenido un carácter de mala puta. Aunque pareciese increíble, nuestra familia provocaba en ella un enorme sentimiento de envidia. Puta envidiosa. Siempre había hecho todo lo que estaba en su mano por hacernos la vida imposible a los Tajada. So puta. Estaba claro que detrás de este imprevisto, estaban ella y sus artimañas. Puta, puta, puta y puta. Reputa.

Un tumulto de gente empezó a acercarse a donde estaban mi madre y los policías. Uno de ellos increpó a los policías creando un efecto similar a la caída de piezas del domino, haciendo que uno tras otro se contagiaron de las ganas de insultar al cuerpo policial y dieran rienda suelta a sus instintos. Dadas las curiosidades que tiene el cuerpo humano, a las ganas de insultar se les juntaron las ganas de empujar y ganas de montar bronca en general. Las inocentes provocaciones de nuestro entrañable público hicieron resurgir la mala hostia característica que esconde con poco disimulo la gente uniformada. Al grito de “carga policial” dado por el poli de mayor rango, desenfundaron los malos sus cachiporras y se hicieron pasillo a base de golpe y mamporro, dirigiéndose hacia el escenario.

-Paren la música. Les hablo en nombre de la ley -se dirigió hacia nosotros el líder de los polis dando órdenes por un megáfono.- Atención, atención, les habla la policía, repito, la policía. Paren la música, hagan el favor, paren la música.

-Una mieggggggggggda!!! -nos sorprendió la reacción de la abuela Martine desde el fondo del escenario. Reacción que no fue del agrado de los señores encargados del orden público.

-¡¡¡Al ataque!!! -gritó el jefe de la policía girándose repentinamente hacia sus súbditos, dando a uno de ellos un golpe con el megáfono y dejando medio sordos a los dos que estaban enfrente.

Los cinco policías se abalanzaron hacia el escenario y al intentar subir se vieron impedidos ante Nicolas, que escupía fuego para protegernos. El resto del grupo nos

fuimos hacia la parte trasera del escenario mientras las llamaradas de fuego salidas de la boca de Nicolas nos protegían del ataque policial. Poco duró la protección ya que, dado el ímpetu con el que tragaba keroseno y escupía fuego, le dio un ataque de tos. Se le fue el keroseno por el mal conducto y le provocó tal malestar que se desmayó. Aprovechó la policía dicho incidente para subir al escenario y dirigirse hacia nosotros. Fue en aquel momento cuando Brígida hizo, por primera vez en su vida, uso útil de su guitarra. La mejor de sus interpretaciones de guitarra: la rompió en la cabeza del policía que intentaba esposarla, justo el policía que tenía cara de ser el más hijoputa de todos. Otro tío por el suelo. Mientras, el resto de policías continuaban con la manía que les había entrado por apresarnos. En nuestros intentos por zafarnos de los malos, yo tropecé con el cuerpo inerte de Nicolas y Bernard con el cuerpo del policía de la guitarra en la cabeza. Dos de los policías aprovecharon nuestra caída para lanzarse en plancha sobre nosotros. En la revuelta, Léa y Brígida también se tropezaron con los cuerpos de los que estábamos por el suelo, cayendo sobre nosotros y el resto de policías junto con su jefe se tiraron sobre ellas para inmovilizarlas. Habíamos formado un enorme montón humano, muy aplaudido por el público y como cereza al pastel, la abuela se subió encima de todos y braceó y jaleó al público. Nada que envidiar a los castellers.

Resultado de nuestro espectáculo: un munipa y un escupidor de fuego en el hospital, el resto a comisaría y una gran promoción del queso DJ.

Por cierto, se me olvidaba, la tele había venido a la presentación y todo había sido grabado.

9. LA RENTREE

Lamentablemente, una vez más tuvimos que volver a Francia huyendo de la humillación popular. Nuevamente mi madre nos dijo que no quería vernos el pelo por ahí en una buena temporada. Estábamos condenados al exilio eterno, no me cabía ninguna duda. A pesar de habernos habituado a la vida en el Pirineo francés, tanto Brígida como yo, nos dimos cuenta en nuestra esporádica y accidentada visita a Jaca, de lo mucho que la añorábamos.

El mal rollo de tener que volver, no me impidió salir a la calle ese día con una sonrisa de oreja a oreja. Ahí me encontré con Nicolas que acababa de regresar de su estancia en el hospital de Jaca, ya recuperado y con ganas de volver a echar fuego por la boca. Viendo el inhabitual rictus de mi cara, Nicolas no puedo evitar el comentario:

-Te has follado a Léa.

Doblemente sorprendido me dejó el tío. Hablaba correctamente castellano, aunque al poco descubrí que su vocabulario se limitaba a un tema muy específico. Pero lo que me chocó profundamente fue como el tipo adivinó por mi cara de felicidad que la noche anterior la había pasado junto a Léa; bueno, la había pasado con ella y además me la había follado, o fue más bien ella quien se me folló a mí; o, no sé, fuimos un poco los dos; aunque más ella que yo; pero yo tampoco... Vamos, que no podía pensar en otra cosa que en lo de la noche anterior en el pajar. Los quesos, los policías, la France, los problemas, todo, absolutamente todo había sido eclipsado por ella, por

Léa.

-Te has encoñado -fue una afirmación, nunca una pregunta.- Il faut que tu saches que tu n'est pas le premier qui a passé par là -enseguida cambió de idioma ya que cuando no se hablaba de coños, tetas o fornicación, su vocabulario en castellano se reducía a la nada.- Fait attention!

Fait attention, fait attention. Qué me querría decir con eso de faire attention. Gilipollas. Puto envidioso. ¿Pretendía hacerme saber que él también se la había tirado? ¿Y Bernard también? Y a mí qué. Seguro que con ellos no disfrutaba Léa la mitad que conmigo. Gabachos de mierda. Les jodía el poder de seducción de mi alma latina. Claro, como ellos no hablan con este acento que yo tengo que se les hace a las churris el chichi petazeta. No les dejaba de hablar porque me quedaría sin amigos, que si no...

-Ta gueule!

-C'était qu'un conseil.

-Ta gueule! Ta gueule!

“Que tío más asqueroso. Con la alegría que llevaba dentro de mí y este pedazo de capullo ya ha tenido que venir a amargarme el día. Cacho cabrón. Bien se vale que me voy ahora a Jurançon al cursillo de cata de vinos. No sé qué será de mí la semana que viene cuando el cursillo haya acabado y para afrontar la dureza de la vida me tenga que pagar yo el vino”, pensé aquel día tras la corta charla con el hasta entonces mon ami Nicolas.

Pero ese día de vuelta a clase no sólo me iba a aportar consumo de vino gratis. Como la nostalgia de la última semana de curso se apoderaba del alumnado, hubo a uno al que se le ocurrió una idea para forjar más los lazos de unión creados entre nosotros. Como era de esperar se le tuvo que ocurrir al más pelota, y no se le ocurrió otra cosa que hacer una especie de viaje de fin de curso e ir al mes siguiente a pasar un fin de semana a París, aprovechando que coincidía con las fechas de la feria anual de agricultura y ganado. Evidentemente, a todos nos pareció una pésima idea, no porque lo fuera sino porque se le había ocurrido a semejante lameculos. Eric, que así se llamaba el leche-cul me había hecho reflexionar y mientras tiraba por tierra su idea sacándole todo tipo de inconvenientes, un plan se iba madurando en mi cabeza. Si mi madre había hecho y seguía haciendo todo lo posible por promocionar mis quesos al otro lado de la frontera, ahora era mi turno de presentarlos en sociedad al pueblo francés. Yo iba a ir a París. Yo iba a ir a esa feria. Yo iba a montar un stand de quesos en esa feria. Léa iba a acompañarme, que para algo dicen que París es la ciudad del amor. Y qué diablos, toda la troupe dj keso debía animar el stand. Limaría asperezas con Nicolas. Pelillos a la mar.

-Brígida, prepárate a trabajar durante este mes porque aparte de los quesos para mamá vamos a tener que hacer unos cuantos más para la feria de agricultura.

-Pero cómo me explotas, cabrón. En esto de los negocios familiares ya se sabe... Me parece que me voy a syndicar porque si no no sé cómo vamos a acabar...

-No seas tocagüevos, Brígida, que además no sabes la recompensa que te espera por el trabajo bien hecho.

-Pues, hombre, espero que sea una recompensa económica, que de momento aún no has soltado la gallina.

-Tiempo al tiempo. Pero bueno, lo que te quería decir es que el mes que viene nos vamos todos a París.

-¿A París? ¿Quiénes?

-DJ Keso and company.

-Y, ¿pa qué?

-Para promocionarnos, a nosotros y nuestros quesos. Y para conocer París.

-Oh là là, Paris la nuit, que c'est magnifique.

Otro mes intenso de trabajo. Aunque mi vida laboral hasta aquel entonces había sido bastante reducida, limitándose a esporádicos trabajos de verano y a la ayuda prestada en la tienda de comestible, yo ya intuía que lo de trabajar nunca me iba a gustar. La elaboración de un queso continuaba siendo un proceso apasionante, pero cuando esto conllevaba una obligación y pasaba de ser un entretenimiento a ser puro trabajo, empezaba a ser aborrecible. No me gusta trabajar, lo confieso. Hacer queso es divertido el primer mes. El segundo empieza a ser un coñazo y al tercero comienzas a odiarlo.

Trabajamos a destajo. Mi madre llamaba todos los días y su conversación consistía fundamentalmente en meternos prisas y pedirnos más y más quesos. La nueva aparición por la televisión había vuelto a ser un golpe publicitario muy importante. Me cago en la televisión. Esto empezaba a ser cíclico, el eterno retorno, la historia se

repite. Publicidad y quesos, más publicidad y más quesos, quesos, quesos y más quesos. Tenía pesadilla con quesos. La vida es un queso.

-¡Me cagüen la puta de bastos! Hemos venido al país de las 35 horas semanales y nos pegamos más del doble haciendo los putos quesos. ¿Pero esto qué es?

-Tranquila, Brígida, que sólo es una racha de una temporada, ya verás como luego el trabajo disminuye. Si te sirve de consuelo, yo también estoy hasta los cojones de los quesos.

-Pues como te puedes imaginar, no me sirve de consuelo. Después del viaje a París yo haré mis 7 horas diarias y después que te den por culo a ti y a tus quesos.

-Eres más maja...más maja... más maja que una mierda.

-Y tú eres la mierda.

-Y tú eres gilipollas.

-Y tú un imbécil.

-Y tú tonta.

-Y tú lo peor, tu eres, tu eres... tu eres un puto queso.

-Uy, lo que madicho.... La muy puta....

-¿Putá yo? ¿Putá yo? Ahora vas a ver. Jjjjaa tchu -escupitajo en mi cara como resultado del fin de los argumentos de Brígida.

-¡Vete a tomar por culo! Y, y, y.... jggjaaaa tchu -toma lapo, usemos las mismas armas.

Mal ambiente y mal rollito se respiraba entre los hermanos mayores de la familia

Tajada. Todo por culpa del puto curro. Comenzábamos a conocer lo pernicioso que era trabajar. Al menos un consuelo nos quedaba, la avaricia no se había apoderado de nosotros. Cualquiera otro en nuestra situación sólo hubiese pensado en el dinero que se podía sacar con los quesos, hacer más y más quesos para sacar más y más dinero. Gracias a dios, o mejor dicho, gracias a nosotros y a nuestra forma de ser, el aumentar nuestra cuenta bancaria nos la traía al fresco y sólo pensábamos en descansar.

Vaya semanas más duras pasamos. Jornadas inacabables de duro trabajo, ensayos con el grupo, discusiones con mi hermana, malheur, malheur. Temía por mi salud física y mental. Bien se valió de mis encuentros nocturnos con Léa en el pajar, que daban una nota de color a mi grisácea vida. Qué tía más maravillosa, qué cosas sabía hacer, qué diosa, qué hembra, vaya chavala más estupenda, mon amour, mon amour. Debía darle la razón a Nicolas, me había enchochado.

Cuando la fecha del Salon de l'Agriculture llegaba, Brígida y yo hicimos las paces. Miles de quesos estaban ya hechos y por tanto el origen de nuestras disputas había visto su fin. Volvíamos a ser buenos hermanos. Entonces fue el turno de enfado de Silvestre.

-Yo también quiero ir a París con vosotros.

-Tú, cuando seas mayor -le corté con la frase comodín de los hermanos mayores, esa que tanto me había repetido Brígida y tanto me había tocado las pelotas.

-Pero, ¿por qué? Yo quiero ir -lloriqueó Silvestre, lloriqueo que también había utilizado con Brígida en mi tierna infancia.

-Porque vamos a hacer cosas de mayores y tú no puedes venir y punto -qué asco me estaba dando repitiendo esas frases, me comportaba como un puto hermano mayor. Pero en fin, estaba madurando y pasaba de cargar con el enano.

-Se lo diré a mamá.

-Pues se lo dices. Si ella está encantada de que te quedes. Así te irás a pasar el fin de semana con ella. A fin de cuentas, vas a ver lo mismo en París que en Jaca: quesos.

-No te preocupes, que ya te traeremos una torre Eiffel de plástico -le intentó consolar Brígida.

-La torre Eiffel te la metes por el culo. Pero la de verdad -nos sorprendió Silvestre con su agilidad para contestar. Sin duda se trataba de un auténtico Tajada, pero de nada le iba a servir porque se iba a quedar en el Pirineo. Je,je, je, qué cabrón soy.

Así fue como la troupe de DJ Keso marchaba otra vez de gira, pero esta vez a la capital. París nos esperaba.

10. PARIS, ¿LA CIUDAD DEL AMOR?

A lo lejos vislumbramos un objeto puntiagudo. Era la torre Eiffel. Llegábamos a París. Atrás dejábamos kilómetros y horas de carretera. Deseábamos llegar para salir de la furgoneta y dar una gran bocanada del aire contaminado de París. Kita no había resultado muy espaciosa y había sido un largo trayecto con cinco personas hacinadas en el vehículo y soportando el olor de los quesos y de los pies de Bernard. En Sarrance dejamos a nuestra VJ aquejada de dolores varios propios de su edad, pero aun así, su ausencia no solucionó mucho el problema de falta de espacio.

El tiempo perdido en encontrar un sitio para aparcar la furgoneta fue similar al pasado recorriendo los cientos de kilómetros que nos separaban de nuestras queridas montañas. Había sido un largo viaje pero había merecido la pena, por fin pisábamos suelo parisino, o parisiense (que se empeñan ahora los de los periódicos en cambiarnos el gentilicio). Estábamos en el corazón de la ciudad. París se quema, se quema París.

Dejamos las mochilas en el albergue de la calle del llavero, situado en el barrio de la Bastilla y nos fuimos a beber unas cervezas para conocer París la nuit. Desgraciadamente pronto se nos fue el presupuesto dado los elevados precios de todo. La fatiga acumulada hacía mella en nosotros y nos dimos cuenta de que lo mejor que podíamos hacer era volver a nuestros aposentos. Nos esperaba una dura jornada el día siguiente y muchos quesos teníamos que vender si queríamos subsistir durante tres días en esa ciudad tan cara.

Madrugamos para ir al Salon de l'agriculture. Teníamos que conducir hasta el centro de exposiciones, en Porte de Versailles, al sur de la ciudad y una vez allí montar nuestro stand. El abuelo Manolo había sido el encargado de hacer todos los papeleos para obtener el permiso para instalar nuestro chiringuito en la feria. Desafortunadamente, descubrimos que su eficacia había sido nula cuando un tío cuadrado que estaba en la puerta, un grandísimo hijo de puta, no nos dejó entrar aduciendo falta de documentos.

-Allô

-Abuelo, que soy Chonatan.

-¿Donde estáis?

-Que donde estamos, pues en la puta calle. No nos dejan entrar en el recinto.

¿Pero tú hiciste los papeleos como hacía falta?

-Pues claro, moví todos los hilos necesarios, como me dijeron por teléfono.

-Pues no ha valido para nada porque el cabrón de la puerta no nos deja entrar.

-Estos franceses y su burocracia.

-Pues vaya mierda.

-Pues sí.

-Pues me cago en dios.

-Chonatan, habla bien.

-Es que estoy picado.

-Te aseguro que yo hice todo lo que me dijeron que hiciese.

-Bueno, te dejo porque esto va muy caro y no me estás solucionando nada.

-Id con cuidado, que no estáis en el pueblo.

-Adiós, yayo.

-Adiós.

No sabíamos de quién era la culpa, si del abuelo o de burocracia francesa, mucho me temía que habían sido un poco los dos. El caso era que urgía encontrar una solución a esta situación.

-Pasemos al plan B -dijo entusiasmadamente Brígida.

-Y, ¿cuál es el plan B?

-Y yo qué sé. A mí ya se me ha ocurrido lo de pasar al plan B, en lo que consista el plan B que se le ocurra a otro. No voy a hacer todo el trabajo yo sola.

El soborno estaba descartado como plan B, nuestra ética y el estado de nuestra economía nos lo impedían, así que lo único que se nos ocurrió fue instalar el puesto de manera ilegal. Igual no se daban cuenta.

Lo primero que hicimos fue dar una vuelta a todo el recinto, el cual era grandísimo, hasta encontrar un sitio por el que podernos colar. Ya habíamos caído bastante bajo insistiendo durante horas y horas al tío de la puerta para que nos dejase montar nuestro stand. Con la insistencia habíamos resultado incluso pesados, algo raro en nosotros. Al final habíamos cedido ante semejante tío cabrón, pero no nos íbamos a rebajar tanto como para encima tener que pagar las entradas.

Nos colamos, hombre que si nos colamos, faltaría más. Una vez dentro buscamos un lugar estratégico, o sea al lado de un vater, para instalarnos con nuestros quesos. Dispusimos todo el material no de la manera meticulosa que se merecía nuestro grupo, ya que dada la ilegalidad del chiringuito tenía que ser de fácil y rápido desmonte, como si de un puesto de trileros se tratara. Léa sería la encargada de vigilar y de gritar agua en momento que hubiese algún sospechoso.

Después de dos quesos vendidos y sin ni tan siquiera haber empezado con el espectáculo, nos pillaron. La pava de Léa demostró ser nula como vigilante. Además, el que nos pilló fue el mismo de la puerta que no nos había dejado entrar, qué tío más plasta, nos había cogido manía el muy cabrón.

-Alors, c'est quoi ce bordel? Quelqu'un peut m'expliquer?

-Ni qué bordel ni qué hostias, este es el puesto que teníamos que montar y que tú no nos has dejado, pedazo de cabrón -contestó Brígida.

-Je ne comprend pas.

-Que tu ne comprans pa, pues que te den por culo, que no me sale de las tetas traducírtelo, joputa. No sé qué tripa se te ha roto con nosotros pero en todo el día no has hecho más que jodernos.

-Quelqu'un peut me traduire?

-Qué quieres que te traduzca, pues que sepas que tu es un connard et un fils de pute, tu n'arrete pas de nous faire chier et qu'on a ras-le-cul. Voilà la traduction.

Antes de que el guardia jurado reaccionase, mi hermana concluyó su discurso

con una patada en lo güevos del susodicho y un “va te faire foutre”. Segundos después oímos a lo lejos la voz de Léa gritando agua, a buenas horas mangas verdes. Aprovechando que el pseudopoli estaba echando pestes por la boca mientras se agarraba sus partes íntimas, nos cogimos cada uno un par de quesos y huimos dispersándonos entre la muchedumbre.

Tal fue la dispersión que yo me quedé solo con mis dos quesos y rodeado de gentuza. Vaya desgracia, había venido hasta París, la que se suponía era la ciudad del amor y había perdido a mi churri. Dónde estaría Léa. Di mil vueltas por la feria sin encontrar a nadie, solos vacas, ovejas, parisinos y otros animales de lo más variados. Léa, por dios, aparece.

Al cabo de dos horas divagando de aquí para allá me topé con mis coleguitas los DJ pastores. Ahí estaban los dos obnubilados con un rebaño de ovejas de una raza desconocida para ellos. No me hicieron ni caso. En seguida deduje, con la ironía propia de varias horas de mala leche acumulada, que toda la vida follándose churras, ahora veían una merina y se les caía la baba. Es como el que tiene una fantasía con una negra. Como pasaban de mí como de comer mierda, continué dando vueltas. Léa, si estás aquí, manifiéstate.

Una hora más tarde andando y sudando entre la muchedumbre me encontré a mi hermana que estaba hablando con un tío.

-¿Dónde te habías metido?

-Hemos conocido a unos ganaderos de la Picardie y nos hemos liado a hablar y se nos ha ido el santo al cielo.

-¿Hemos?

-Si, Léa estaba conmigo.

-¿Y ahora dónde está?

-Pues no sé dónde se habrá ido...

-Bueno y tú ¿qué haces?

-Yo me quedo aquí con estos tíos, que parece que hay degustación de productos de la Picardie dentro de un rato. Quédate.

-Paso, voy a buscar a Léa.

Qué mal rollo, Léa había estado con unos de la Picardía, joder, de la Picardía, no podían ser de otra región. Las ideas negras atormentaban mi cabeza. Decidí volver a donde habíamos instalado nuestra especie de stand, para ver si quedaba algo y por el camino intenté aclararme las ideas. Una vez allí, aproveché la cercanía al vater para echar una meadilla, ya que habían sido muchas horas preocupándome por otras cosas y dejando de lado mi vejiga. Dentro de los lavabos escuché tras una de las puertas un sonido que me era familiar: hi, hi, hi. Que animal podría ser el que lo emitía, un pato no era, un cochino tampoco, pero el caso es que me sonaba. Pronto descubrí de que se trataba, justo cuando decidió pasar de los tímidos hi hi hi a escandalosos ah oui ah oui aaaahh ouiiiiiii OUI OUI aaaAAAAAHHH. Cagüen la oscuridad, era Léa gimiendo. Golpeé y abrí la puerta y allí estaba ella follando con un garrulo de la Picardía. ¡¡¡HIJAPUTAAAAAAA!!!

No perdí ni un momento, ni siquiera paré a ver su reacción. Que le den por culo, que además ya estaba en posición la muy puta. Me fui de allí corriendo, sin decir nada a nadie. En mala hora se me ocurrió venir al Salon de l'Agriculture. Vaya idea de mierda. Necesitaba salir de ese recinto, huir. Había tenido razón Nicolas con sus consejos, pero quién me mandaba ir a mear, con lo bien que estaría ignorando la verdad. Lo que no sabía todavía es que ir a mear me iba a dar más disgustos ese mismo día.

Al menos visitaría París. Así fue como empecé a deambular por París como un sonámbulo. Pateé por la ciudad durante horas, de norte a sur, de este a oeste. De Montmartre al jardín de Luxemburgo, del arco del triunfo a la plaza de Vosges, nada, absolutamente nada atraía mi curiosidad. Nada me retenía. Nada hacía pararme a contemplar un monumento. París es muy bonito, no lo pongo en duda pero si acabas de ver a la que se suponía tu novia follando con otro en un váter, no le encuentras la belleza a la ciudad por ninguna parte. Anduve por París como quien anda por Sabiñánigo. Ya podía pasar por Notre Dame como por el centro Pompidou, que yo no tenía la cabeza para gárgolas ni filigranas. Sólo pensaba en una cosa: pero qué tía más guarra. Comenzaba a anochecer cuando atravesaba el Sena por uno de sus puentes, pero por muy impresionante que sea esta imagen, yo continuaba centrado con mi runrun dentro de la cabeza: guarra, guarra, guarra.

Y fue el turno de la famosísima Paris la nuit, y yo seguía a lo mío. Parecía un sonámbulo, un autista, un zombi. No podía quitarme de la cabeza la imagen de Léa con el otro en el baño. Ya iba siendo hora de retirarse. Había hecho kilómetros y kilómetros

para nada, París seguía siendo una ciudad desconocida para mí, no me había fijado en nada.

De camino al albergue me entraron ganas de hacer pis. Aunque aún no eran las doce de la noche y todavía había gente por la calles, me entró el pudor y decidí que no mearía en mitad de cualquier lado. Llevaba veinticuatro horas en la capital y ya me había vuelto fino. Aprovechando que pasaba al lado de un parque tuve la idea de saltar la valla y así cambiarle el agua al canario en el otro lado, donde nadie me viese. Vaya idea. Comencé a escalar por la verja y dada mi torpeza y mi mala suerte, una vez arriba se me enganchó la pernera del pantalón con uno de los picos puntiagudos y al saltar al otro lado caí estilo puenting, cayendo de cabeza y quedando colgado boca abajo.

CLOC

11. MON COUDE ET MON MALHEUR

Así me había quedado al final del último capítulo, colgado boca abajo de una verja, y así seguía. Por más que estiraba la pierna hacia abajo, el roto de la pernera del pantalón no cedía. Un transeúnte que pasaba por ahí, de color negro para ser más descriptivo, se percató de mi percance y me descolgó.

-Merci.

-Vous allez bien, monsieur?

-Oui, ça va, merci.

Le dije al negro que estaba bien para salir del apuro y por vergüenza, pero había mentido. Estaba mal, muy mal. Aún en el suelo, recién descolgado, al querer incorporarme me di cuenta que me dolía mucho el brazo derecho, era incapaz de moverlo. Algo me había roto. Por un momento vi cómo pajarillos daban vueltas alrededor de mi cabeza, cual dibujo animado. ¿Sería una alucinación o me estaría volviendo cuerdo? Me adentré unos metros en el parque y meé. Con la que había armado por ir a mear, no me iba encima a quedarme sin mear. Tras la meada de dramáticas consecuencias tenía que salir de ese parque y desgraciadamente el obstáculo para salir era el mismo que para entrar, había que saltar otra vez la maldita valla. ¡Vaya! A pesar del brazo roto y el nudo en la boca del estomago, familiarmente conocido como acojonamiento, logré saltar la verja sin incidentes complementarios.

La desgracia se cebaba conmigo. Sin duda, nunca me había sentido tan

identificado con Paco Martínez Soria como en ese mismo momento: la ciudad tampoco era para mí.

A puro de preguntar entre los viandantes, hubo uno que me supo dar el nombre de un hospital al que acudir así que pude parar un taxi y pedir que me llevara a urgencias.

Y llegué a las urgencias del hospital Cochin. Ostias, vaya un nombre para un hospital, Cochin. Ahí me adentré y después de una corta pero angustiante espera me dispuse a ser diagnosticado. Me hicieron las radiografías de rigor y el médico de guardia se metió en una habitación a estudiarlas. Los minutos pasaban y el doctor seguía encerrado con sus reflexiones. La tensión se me apoderaba así que me asomé a la sala donde estaba el médico ensimismado contemplando la radiografía de mi codo y noté cómo el humo salía de su cabeza. Al percatarse de mi presencia, salió para darme su diagnóstico que vino a ser algo así como:

-C'est très bizarre. J'ai jamais vu une chose comme ça. On va vous operer, mais franchement, c'est très bizarre -que viene a querer decir algo así como que eso era muy raro, que nunca había visto nada parecido y que me iban a operar, pero que era muy raro.

Tras este tranquilizante diagnóstico me inmovilizaron el brazo desde el sobaco hasta la punta de los dedos, me pusieron el típico camisón verde de los hospitales con el que vas con el culo al aire y me subieron a mi habitación. Y allí, en esa habitación,

pasé una larga noche de horribles pesadillas, vueltas a la cabeza y de sentirme la persona más desgraciada del mundo. A ratos pensaba que todo era mentira, que sólo se trataba un mal sueño, pero desafortunadamente nunca me despertaba. ¿Quién diablos me había mandado saltar esa valla? ¿Por qué no había meado en medio de la calle? ¿Para qué cojones había venido a París con lo bien que estaba yo en el Pirineo? ¿Por qué todo lo malo me pasaba a mí? ¡Mierda!

A día siguiente me operaron. Nadie estaba al corriente de mi desgracia. Me enfrentaba yo solo a pasar ese mal trago. Para más desdicha, conocer al cirujano no me ayudó mucho a superar esta dura prueba que me había puesto el destino. He aquí la traducción de la conversación mantenida justo minutos antes de entrar en el quirófano:

-Buenas, soy mesié Machin, el cirujano que le va a operar y una cosa voy a decirle, que sepa que el codo nunca se le quedará como lo tenía antes -y ante esta inquietante afirmación le pregunté

-¿Qué quiere decir con eso?

-Ve su brazo izquierdo, pues el derecho nunca volverá a ser como el izquierdo. Para que se haga una idea, la fractura es tan extraña que ni tan siquiera sale en los libros.

Palpitaciones y sudores repentinos tuve tras el veredicto del médico. A pesar de que fuese bastante críptico, me estaba dejando claro que muy bien no me iba a quedar pero, ¿cómo de mal? Algo me decía dentro de mí que mi carrera como DJ se había ido

-Diga

-Mamá, soy Chonatan. No te asustes -y tras estas palabras mi madre se asustó.-
Estoy el hospital. Me he roto el codo. Me han operado.

-Pero, hijo mío, ¿qué me cuentas?

Y le conté que me había hecho el codo añicos, cómo me lo había roto y que la operación había salido bien. No le conté que me habían dicho que no iba a recuperar toda la movilidad, ni que me tenía en el codo más clavos que en una ferretería. Le pedí que avisara a Brígida. Sorprendentemente, no reaccionó con lo típico de matarla a disgustos. Por una vez había sido bastante comprensiva, se debió de dar cuenta de que no estaba yo para sermones telefónicos.

Dos horas más tarde, entraba Brígida por la puerta.

-¡Chonatan!

-¡Brígida!

-¿Qué te ha pasado?

-Todo lo malo, buaaaahhhhh

Lloré y mucho. Diría que como una madalena pero no, porque siendo hombre de poco mundo como soy, en la mi puta vida he visto una madalena llorar. A trompicones y entre sollozos logré explicar a mi hermana lo mucho que había sufrido entre las paredes de ese hospital.

-Tengo una sorpresa para ti. Ha venido alguien más a verte.

-Bonjour, mon amour -Léa cruzaba el umbral de la puerta.

-Bonjour, mon amour?? Serás cínica hija de putaAAAAA -comencé a gritar y a tener convulsiones como la niña del exorcista, suerte que estaba atado por drenajes y goteros- Mais tu ne sais pas que je t'ai vu quand tu étais dans les chiottes avec le mec de la Picardie? Salope!

-Tranquilízate, Chonatan.

-¿Que me tranquilice? Pues que se vaya esa guarra.

-Mais, Chonatan... il faut pas reagir comme ça.

-Va-t-en! Dehooooors!!! -y tras estas palabras a Léa le quedó claro que no la quería ver nunca más.

Léa se fue. Más tarde pensé que igual tenía que haber reaccionado de una manera más civilizada. De todas formas, bastante tenía con lo que tenía. Debía quedarme dos días más ingresado en hospital. Al menos ya no estaba solo, Brígida estaba conmigo. También pasaron por el hospital Bernard y Nicolas antes de volver a Sarrance. Marcharían con Léa en la furgoneta, tenían trabajo en el pueblo y no podían esperar a que me diesen de alta. Brígida y yo cogeríamos el tren.

Me encontraba mal y no solo físicamente, también psicológicamente. A partir de mis conocimientos en la materia, adquiridos con reportajes de la televisión, me autodiagnostiqué una depresión con principios de esquizofrenia. Lo de la depresión estaba claro, me sentía la persona, si no la más desgraciada del mundo, una de las que más. En cuanto a la de esquizofrenia, esa voz que tenemos en interior de nuestra

cabeza que llamamos conciencia cambió completamente de carácter pasando de ser una voz consejera a convertirse en una voz hija de puta. Un tío dentro de mi cabeza me atormentaba a todas horas, atosigándome con reflexiones hirientes de todo tipo: “eres un torpe, mira lo que has conseguido con tu agilidad, vas a quedarte lisiado para toda tu vida”, “para una vez que te echas novia, mira lo poco que ha tardado en ponerte los cuernos”, “no vales una mierda y menos que vas a valer en el futuro”, “eres escoria, y lo sabes”, “Nunca más vas a hacer un queso, nunca más vas a scrachear un disco, nunca más vas a follar”, “Basura”, “Cornudo”, “Gilipollas”...

Llegó el día de decir adiós al hospital Cochin. Como es de comprender, no me dio ninguna pena abandonarlo. De allí fuimos directos a la estación de trenes de Montparnasse y cogimos el primer tren dirección les Pyrénées. Bajamos hasta Pau en TGV, ahí cogimos un tren regional hasta Oloron y autobús hasta Sarrance. Dejé a Brígida en el pueblo, lleno de pena y congoja.

-Brígida, te dejo al frente de la barraca. Tengo plena confianza en ti. Haz los quesos que puedas, pero sin fatigas. Piensa que el objetivo de nuestro negocio es subsistir, no hacernos millonarios. Si no podemos comprarnos zapatillas nike, siempre nos quedaran las económicas pisamierdas. Yo ya me encargaré de que mamá no se ponga pesada y no te atosigue para que hagas toneladas de quesos. Si no le quedan quesos para vender, que venda espárragos o cualquier otra cosa.

-Adiós Chonatan y cuídate.

-Me cuidaré. Espero volver pronto y repuesto.

Me despedí de los DJ pastores.

-Au revoir et à bientôt.

-Au revoir et fait plus de betises.

Me despedí de Léa, sin rencor.

-Au revoir et petits poils à la mer.

-Bien sûr, adieu.

Me despedí de los abuelos.

-Abuelos os quiero mucho, hasta pronto.

-Adiós, no tardes en volver.

Me despedí de Silvestre.

-Sé bueno, mira qué bien hiciste quedándote aquí. París no dio más que problemas.

-Adiós, hermano.

Tras esta despedida tan ñoña, propia de un capítulo de la casa de la pradera, me monté en el autobús. Para darle un toque cinematográfico, una vez subido en el autobús, empezó a llover. Todos sabemos que si a un autobús partiendo, con un

individuo dentro conteniendo las lágrimas y unos familiares tristes en tierra, le metemos sol, jodemos todo el clímax.

Llegué a Jaca. Mi madre me esperaba con los brazos abiertos. Incluso el abuelo Jerónimo se acordaba de mí, parecía que había dejado un poco de lado su locura. Durante días fingí comportarme con normalidad para que nadie se diese cuenta de la lucha interna que tenía dentro de mi cabeza con la dichosa voz. Vivir con esa voz era un sinvivir. Sabía que a cualquier cosa que hiciera, la voz iba a hacer un comentario de desaprobación. Temía por mi salud mental. Llegué a pensar en ver a un psiquiatra, pero estaba harto de médicos y no tenía ganas de contarle mi vida a nadie. Imagínate si le da por escribir sobre mis vivencias y me jode todo mi libro. Harto de la maldita voz, decidí coger el toro por los cuernos, o mejor dicho, coger al tío de dentro de mi cabeza por el pescuezo y cantarle las cuarenta, ponerle los puntos sobre las íes y decirle cuatro cosas bien dichas.

-Oye, voz de dentro de mi cabeza, me tienes hasta los cojones, me estás amargando la vida y ya no aguanto más así que ya te estas largando de mí.

-De sobras sabes que soy tu conciencia y que no me voy a ir. Estoy aquí para abrirte los ojos y para que te des cuenta de lo que eres: una puta mierda.

-¿Pero tú de qué vas? ¿De Pepito Grillo? Aquí la única mierda eres tú.

-Eres un fracasado y lo sabes.

-El fracasado eres tú porque nunca conseguirás que me vuelva loco. Vete a la cabeza de otro más débil, conmigo tus propósitos van a irse al garete -cada vez me sentía más seguro de mí mismo.

-Eres un lisiado y un cornudo, todo el mundo pasa de ti.

-Mira, tío, te repites todo el rato y ya no me asustas ni me aturdes. Vete al peo.

-Vete tú.

-Pareces un crío. Escúchame bien. Me tengo que rehabilitar, voy a seguir haciendo quesos, mi carrera como dj va a continuar, voy a comprarme un salterio nuevo, o mejor aún, voy a construirmelo yo mismo, voy a hacer malabares con tres pelotas y el triple salto mortal hacia atrás con doble tirabuzón si hace falta. Tengo mucha faena por delante y tú no haces más que molestar, así que déjame en paz.

-No me iré y todo eso no te lo crees ni tú.

-Ya verás... Bueno, no lo verás porque te vas a ir. ¡¡¡¡¡¡¡Lárgateeeeeeeeeee!!!!!!!

-No.

-¡¡¡¡¡¡¡Que te digo que te vayaaaaaaaas!!!!!!! -comencé a darme golpes en la cabeza con el brazo sano.

-¡¡No!!

-¡Veteeeeeeeeeeeeeee!

Tras emitir esta orden un fuerte dolor me vino a la cabeza. Por un momento creí que era causado por las autolesiones pero caí en mi error en cuanto vi salir de mi cabeza a un enorme buitre negro, subir una ladera imaginaria dando saltos hasta adquirir cierta altura y comenzar a planear hacia el infinito.

Seguidamente me fui a un bar, tantos días sin beber vino habían hecho mucho daño a mi cordura.

12. VAMOS ACABANDO QUE NO ME GUSTA HACERME PESADO

Fue una gran idea irme a Jaca para restablecerme. La rehabilitación de mi codo iba viento en popa. Poco a poco ganaba movilidad. Sí que es verdad que el médico que me dijo que no me iba a reponer al cien por cien no resultó ser un pesimista sino más bien un realista. Había ciertos grados que no iba a recuperar nunca, pero me daba igual, no había disco de vinilo tan grande que no pudiese scrachear con mis cuarenta grados de movilidad. Igual cambiaba de nombre artístico, dj cuarenta grados. No, mejor pensado, seguiría siendo dj keso para no confundir a mis fans.

A veces las voces de mi cabeza intentaban volver pero yo lograba alejarlas con cuatro mecagüendiós y cuatro irosatomarporculo. Poco a poco dejaron de insistir y desaparecieron en el olvido. Igual me había excedido diagnosticándome una esquizofrenia, parecía que había sido algo más esporádico y menos grave.

Aproveché mi estancia en Jaca para estar más tiempo con mi madre y con el abuelo Jerónimo. Con mi madre pasaba largos ratos en la tienda haciéndole compañía, viendo lo mucho que había cambiado el negocio, convirtiéndose en estresante y cansado. A pesar de ello mi madre estaba contenta y llena de energía. Por contra, el abuelo estaba muy raro. Había cambiado mucho, dejó a un lado sus delirios y sus historias pasando a ser una persona coherente, eso que la gente gusta llamar alguien normal. La transformación no fue radical, progresivamente fue olvidando esas aventuras que sólo habían existido dentro de su cabeza, ganando así terreno sus recuerdos verdaderos. Más de una vez me pareció ver, no sé si como alucinación

producto de mis días de abstinencia, cómo algún pájaro salía de su cabeza volando hacia la libertad. En esos momentos entendía por qué mi difunta abuela gustaba utilizar el apelativo carajaula para referirse a su marido.

Juntos, el abuelo y yo, paseábamos por los distintos parques de la ciudad. Nos gustaba pararnos a ver cómo avanzaban los obreros que construían casas y criticar lo mal que lo hacían; cosas de jubilados. Afortunadamente, al estar en Jaca, teníamos multitud de obras donde entretenernos y así podíamos alargar nuestros paseos. Durante estos ratos aprovechábamos para conversar.

-Chonatan, nieto mío, ¿te he explicado alguna vez los astucias imprescindibles para tener una buena cosecha de patatas?

-Sí, abuelo, ayer mismo.

-Vaya, cómo me repito. Y ya te he contado la anécdota de cuando me salió una calabaza en la huerta de tal tamaño que gané un concurso en las fiestas del pueblo.

-También.

-Pues te lo he debido de contar ya todo.

-Abuelo, vuélveme a contar lo de cuando estuviste en la guerra.

-¿Qué guerra? Por suerte, yo nunca fui a la guerra.

-Entonces cuéntame la historia de cuando te infiltraste como espía dentro de la mafia rusa adoptando un aspecto entre Mata Hari y Leticia Sabater.

-¿Pero por quién me estás tomando? A veces pienso que no estás muy bien de la azotea.

-Abuelo, ¿estás bien?

-Pues claro, Chonatan, no te preocupes -y en ese momento fueron tres los pájaros que salieron de su testa, un gorrión, un pavo con su característico moco de pavo y un loro. Cágate lorito.

Me inquietaba el estado del abuelo. No era normal que fuera “normal”. Con mi madre lo comentábamos. Ella al principio no le daba importancia pero conforme pasaron los días y el abuelo estaba cada vez más cuerdo, acabó pensando como yo: toda esa sensatez necesitaba pasar por un scanner.

Tras mucho insistir y a regañadientes conseguimos llevarnos al abuelo al médico para que se hiciese una revisión.

-Pues no sé por qué os empeñáis en marchar a Huesca para que me miren, si yo me encuentro perfectamente.

-Papá, piensa que es mejor pecar de prudentes. Así se nos quitan las dudas.

-Yo estoy hecho un chaval.

-Pues, chaval, vámonos a la capital -con esta rima tan graciosa e ingeniosa, concluí la discusión no sin antes sumarle un nuevo ripio.- Chaval, vámonos al hospital.

A mi abuelo y, más en concreto, a su masa encefálica, le hicieron numerosas pruebas en el hospital oscense. Tras una larga jornada de tests médicos, el neurólogo nos convocó a mi madre y a mí para darnos los resultados. Nos dio una serie de términos técnicos de esos que sólo los médicos comprenden. No retuve el nombre de la enfermedad, pero si el adjetivo que la definía, galopante. El abuelo estaba en pleno

proceso de agonías.

Sólo una semana más tarde, el abuelo moría. Tuve la fortuna de pasar junto a él sus últimos días de vida y de darme cuenta del vacío que nos iba a dejar. Cada día que pasaba, el número de pájaros que escapaban de su cabeza era mayor, a tal punto que el último día una auténtica multitud salió de su cráneo, haciéndome comprender que el trágico final se avecinaba. Después de ese vaciado de pájaros, el abuelo se nos fue sin decir ni pío.

Mis hermanos y los abuelos vinieron desde Francia para el funeral. El abuelo Jerónimo fue incinerado y tras una multitudinaria misa en la catedral jacetana, Brígida, Silvestre, mamá y yo, marchamos a Paternoy a esparcir sus cenizas ya que esos habían sido sus últimos deseos. Ironías de la vida, como si hubiese sido poco haber reducido a cenizas el pueblo natal del abuelo, encima íbamos nosotros a añadirle las propias del abuelo.

Una vez en el pueblo procedimos a la particular ceremonia. Justo en el momento de echar las cenizas por la plaza, una ráfaga de viento se levantó hacia nosotros transportando las cenizas con ella con el mismo efecto que cuando escupes por la ventanilla de un coche en marcha y el japo va a acabar en tu cara. Las cenizas se dirigían directamente a nuestras cabeza y cuando estaban a dos metros de nosotros se transformaron en una enorme bandada de pájaros, cual película de Hitchcock, y todas las aves acabaron anidando en los cerebros de los miembros de la familia Tajada.

Mejor herencia no podía habernos dejado el abuelo. Miles de pájaros de todas las especies invadieron nuestras grandes cabezas. Todos esos pájaros de su cabeza que habían hecho del abuelo una persona muy particular, habían sido repartidos entre nosotros.

Los días pasaron, el abuelo seguía presente en nuestra memoria, pero la vida tenía que seguir, chou mast gou on, así que volvimos a la normalidad, a nuestra normalidad, que no tiene por qué ser la misma que la de los demás. El chute de pájaros nos había proporcionado energías nuevas, más ideas y proyectos. Dije definitivamente adiós a la escayola de mi codo, el brazo había mejorado y a pesar de haber adquirido cierta deformidad y de no haber recuperado toda la movilidad, podía hacer vida normal. Volví a nuestra fábrica de quesos, eso sí, tomándome el trabajo con tranquilidad, sin ningún stress. También continuamos juntándonos los jóvenes de Sarrance para profundizar más en nuestro proyecto musical. Yo, como le dije a mi voz esquizofrénica, me construí mi propio salterio. Era una chapuza y sonaba como el culo, pero lo había hecho yo y me había salido con la mía. No nos conformamos con continuar y ampliar los proyectos que ya habíamos emprendido. Nuevas ideas, nuevos pájaros bullían en nuestras cabezas. Silvestre enganchó al perro del vecino y se empeñó en amaestrarlo y no paró hasta que consiguió que el bicho atravesara un aro de fuego, habiendo pagado para semejante logro el precio de diversas chamuscadas tanto por parte de mi hermano como por la del perro. A Brígida le dio por hacerse graffitera, ya se sabe que del rap al graffiti hay un paso. Huelga decir que pocos amigos hizo en el pueblo con su nueva afición por garabatear en las paredes. Mi madre no sólo no nos paraba los pies con nuestros nuevos entretenimientos sino que incluso nos animaba. Ella también tenía

proyectos por desarrollar, quería ampliar la tienda, pensaba dar salida al mercado un nuevo producto ideado por ella misma, las bragas comestibles BIO, hechas a partir de ingredientes naturales. Fuimos sus hijos los que le paramos los pies a ella.

Esto sólo era el principio, teníamos cuerda para rato. Sabíamos que nuevos proyectos vendrían en el futuro, que no se nos iba a secar la fuente de ideas. Continuaríamos llenos de inquietudes.

Nos enfrentábamos a la vida. Con el paso de los años, mayores serían las responsabilidades, y más difícil nos resultaría afrontarla. Pero no iba a poder con nosotros. No nos iba a cambiar. Gracias al abuelo, habíamos sido recargados por largo tiempo. Seguiríamos teniendo la cabeza llena de pájaros.